

ÉL DETENDRÁ EL MUNDO

JOHNNY GARLAND

El detendrá el mundo

Johnny Garland

Espacio el Mundo Futuro/229

PRÓLOGO

Zumbó el mecanismo del reloj electrónico.

Todos clavamos los ojos en su esfera luminosa. Luego, consultamos nuestros propios cronómetros ultrasensibles.

Casi todos coincidíamos con la hora oficial de Ciudad-Centro. Si alguien no se había cuidado de ajustar su reloj al que regía todas las actividades oficiales de la gran urbe, lo hizo en aquel momento.

Después de todo, aunque el mundo progresara mucho y hubiésemos llegado al nivel de vida que marcaba el año 2130, la gente seguía sin preocuparse de la hora matemáticamente exacta. Continuaba llegándose tarde a la oficina, al trabajo, fuese éste cual fuese, y a otras muchas cosas.

Pero esto era muy distinto a la vida misma. Cuando ésta se hallaba en juego, todos pasaban a considerar la tremenda y vital importancia del factor tiempo.

Y ahora el tiempo nos gobernaba, estaba tiranizando terrible e implacablemente nuestras existencias. Por ello cada pulsación del cronometrador electrónico nos acercaba más y más al desastre. Al final. En una palabra, a la muerte del Mundo...

Me aparté de la densa masa de gente apretujada en la Gran Plaza Pentagonal, bajo la metálica aguja del Palacio Presidencial. No quería

seguirme torturando, con la vista fija en aquel reloj que señalaba, implacable, la marcha de nuestro destino. Que era como el inexorable contador de nuestras horas, de nuestros minutos...

Caminé por la cinta ascendente que reptaba hacia los altos edificios blancos y centelleantes, junto a las vías por donde circulaban los vehículos. La mayor parte de éstos se hallaban detenidos.

Mis blancas botas esponjosas no producían ruido sobre la cinta de metal asfaltado que formaba curvas de sacacorchos, en espiral ascendente, en torno al conglomerado de torreones urbanos.

Ascendí por encima de cabezas y más cabezas; me elevé hasta la Planta Tres de las pistas de circulación, y una vez en ellas aspiré el fresco y embalsamado aire nocturno.

Clavé mis ojos en el cielo, contemplando los astros. Sus centelleos distantes, sus fulgores parpadeantes, me recordaron, inevitablemente, el ritmo enloquecedor, monocorde, de la máquina electrónica del gran reloj urbano que regulaba la vida en Ciudad-Centro.

También ellos, perdidos en la inmensidad, eran como un reloj. Un fabuloso e infinito medidor del tiempo, que se burlaba de nosotros, de mí sobre todo, con guiños divertidos, burlones, llenos de un amargo y cruel sarcasmo...

Aun a aquella altura sobre el nivel de la calle me llegaban los sonidos de voces, de comentarios, de rumores sordos, convertidos en un oleaje incesante. Después de todo, más que inquietarme, me alentaba. Más que ponerme nervioso, suavizaba mi excitación. Porque, sin embargo, eran señales de vida. De una vida que estaba a punto de extinguirse.

La mía, la de ellos... ¡la de todos!

Se había podido mantener el secreto hasta aquella noche. Resultó imposible después. La magnitud de la amenaza era tal, que todos tenían derecho a saber, a esperar su terrible suerte... Lo extraño era que soportaran tan estoica, tan valerosamente, el duro trance que se avecinaba.

Era igual que ver, atados de pies y manos, el avance inexorable de una maquinaria infernal en movimiento sobre todo nuestro cuerpo. El resultado final no distaría mucho de ése. Sólo que en vez de ser una, dos o diez las víctimas serían miles. Acaso millones...

Todos, allí a mis pies, miraban anhelantes a las alturas celestes, como

ávidos de encontrar el reflejo artificial del satélite, para conocer el origen exacto de su desastre, el punto de partida para el Juicio Final de la Humanidad.

Pero nadie lo encontraba. Podíamos ver los anteriores satélites científicos y de observación, la Estación E-5 para Marte, destellando en el vacío, con su luz iónica, como muestra del avance técnico terrestre, que pronto podría poner sus plantas en el lejano suelo marciano.

Yo también miré hacia ella. Tracé una imaginaria línea elíptica, en busca de la órbita del satélite. No lo encontré. Sus luces de situación espacial estaban apagadas. Sus controles interrumpidos, para no tener enlace hertziano ni radiado con la Tierra.

En aquel momento hubiera dado millones por un aerocohete. Pero ni disponía yo de millones... y mucho menos de aerocohete. Desalentado, me dejé caer en una de las vías automáticas de deslizamiento de vehículos desierta y en desuso. Hundí mi cabeza entre las manos, tratando de pensar con un mínimo de serenidad.

Solamente disponíamos de diez horas. Parecían muchas, pero nadie sabe lo pocas que son, salvo si precisa tres veces esa cantidad de tiempo para hacer algo positivo.

Parecía que un minuto antes se dispusiera aún de veinticuatro horas. Y de eso hacía ya catorce. Me pregunté cuánto parecería a nuestros torturados espíritus el transcurso de aquellas pocas horas restantes. Y la respuesta no me gustó.

Súbitamente alcé la cabeza. Un vibrante sonido de clarines se amplificó por los gigantescos altavoces dispersos por toda la ciudad. Millones de cabezas se volvieron, con una sombra de esperanza en los ojos, hacia su más cercano amplificador. Casi llegó a mí su poderosa sensación física de fe, de confianza en el milagro.

Yo conocía aquel sonido. Iba a hablar el Presidente. Le imaginé con facilidad. Erguido, pálido y sereno, a pesar de las circunstancias, ante los micrófonos de la vasta red emisora. No había querido sintonizar la televisión para impedir que alguien advirtiese sus emociones a través de la pantalla fluorescente.

—¡Ciudadanos todos! —comenzó con su fuerte, autoritaria y a la vez persuasiva voz vibrante—. ¡Os habla vuestro Presidente! ¡Oídme todos!

Se hizo un silencio impresionante. Yo me volví despacio, como fascinado por el sonido melodioso y firme a la vez, de la voz de aquel hombre privilegiado, que regía los destinos del planeta Tierra, en su nueva y más difícil era de Asociación Federal de Naciones.

Allí, erguido en la altura, como una estatua entre gigantescos y agudos edificios proyectados como dedos de metal fulgurante hacia los cielos, escuché la voz de nuestro Presidente, la voz de la primera autoridad terrestre en el primer tercio del siglo XXII de la Era Cristiana.

Estaba diciendo, con su acento rotundo, lleno de seguridad y de vibraciones emotivas:

—Todos sabéis que nuestras vidas parecen pender de un hilo. Que, virtualmente, nos hallamos inermes ante una amenaza terrible, despiadada, que puede caer sobre nosotros en las próximas horas... Pero yo, vuestro jefe, que correré la misma suerte que todos si eso sucede, os pido serenidad. Serenidad... y mucha fe. Porque no puedo creer que seamos como juguetes, a merced de un poder superior. No puedo admitir que nuestra propia obra sirva para aniquilarnos. Muchos acaso hayamos llegado a merecer este final, pero hay miles de seres justos y honrados, que Dios no olvidará en esta hora decisiva para el mundo. Oídme, pues. Manteneos firmes, esperad con fe, y estad seguros de que, ocurra lo que ocurra, la Humanidad no será destruida ni nuestros hijos sufrirán una abyecta esclavitud. Antes de todo eso llegará el milagro. Ese milagro salvador que todos esperamos... Mientras tanto... ¡yo estoy con vosotros, al lado de todos y cada uno de mis súbditos, de mis amigos y hermanos!

Un clamor acogió el final del discurso vibrante del político. Yo suspiré, abatido. Si el Presidente hablaba así, es que todo estaba perdido a pesar de su optimismo, a pesar de su fe. Si ya solamente confiaba en ese hipotético milagro, como única salvación de la raza humana, es que estábamos al borde del caos, tambaleándonos junto al abismo.

Yo nunca le había oído hablar de ayudas milagrosas, cuando una sola posibilidad física, un solo factor humano, material, era capaz de moverse para salvar una situación arriesgada. Era de los que pensaban que Dios ayuda siempre. Pero sólo si el hombre pone su propia contribución con su esfuerzo para merecerlo.

Y acaso tuviera razón el Presidente. En cuyo caso ahora esa providencial mano salvadora estaba más remota que nunca, porque nosotros, los hombres, nada podíamos hacer.

Se habían agotado todos los recursos. Absolutamente todos…

Regresé lentamente por la senda metálica en espiral hacia el suelo urbano. Abatido, con la cabeza hundida entre los hombros.

Mientras descendía, iba pensando. Pensando en todo lo sucedido, hasta llegar a aquel momento terrible, dantesco, en que millones de seres, sobre la faz del mundo, clavábamos los ojos angustiados en el espacio exterior. En aquel espacio donde llegaría, dentro de poco, la aniquilación total, la fuerza desencadenada que manejaba un poder perverso y vengativo.

CAPÍTULO I

Se llamaba Igor Urko.

Había comparecido ante el Tribunal Máximo de la Tierra como todos los delincuentes de importancia. Su delito era el más gravemente penado por la justicia del siglo XXII; asesinato.

Algo que casi se había desterrado ya de la historia judicial terrestre, pero que siempre encontraba a alguien propicio al horrible homicidio. Urko había sido esta vez el asesino.

—Por la anulación de la pena de muerte sobre la Tierra, que rige desde las nuevas Leyes promulgadas en el año 2106, no podemos condenarte a morir, conforme acaso merecería tu acción humana y feroz, propia de los animales sanguinarios o de los seres de las cavernas, no de la actual civilización de nuestro mundo —recitó el juez supremo, terminado el proceso—. Pero existe una pena estipulada por la Ley, a la que no puedes escapar, Igor Urko. Y ésa es la pena del destierro en la Penitenciaría del Espacio, Estación P-300.

—¡No! —gimió Urko, irguiéndose en su asiento cuanto le permitían sus abrazaderas automáticas, ligadas al asiento del reo—. ¡Eso no! ¡Prefiero morir antes que ir a aquel infierno!

—Un castigo es siempre menor de lo que el crimen cometido merece, Urko. Si eres condenado a ese destierro mientras dure tu vida, debes darte por satisfecho. Tu víctima no tuvo siquiera la oportunidad de

seguir viviendo. Tú acabaste con su vida de forma cruel y tajante.

Urko, anonadado, inclinó la cabeza, de crespos cabellos rojos sobre el rostro cuadrangular, sólido y mal encarado, de duros ojos azules, de rencorosa y torva expresión.

Sus brazos velludos se agitaban, luchando en vano con las abrazaderas metálicas que le inmovilizaban. Espumearon sus gruesos labios, con ira invencible, y miró malignamente a sus jueces, erguidos y solemnes tras el altísimo estrado.

—Yo sé lo que es esa Prisión Espacial —silabeó, con voz aguda—. ¡Un maldito lugar de trabajos, de tortura y de esclavitud para los presos enviados allí! ¡Un eterno sufrir, deseando la muerte día tras día!

—La pena de muerte no ejemplarizaba nada, ni servía de escarmiento para el delincuente, en las retrógradas eras anteriores a nosotros. El barbarismo de esa Ley medieval fue superado por la Nueva Tierra, suprimiéndola, Urko. Pero en modo alguno el delincuente debe ser tratado con blandura. El castigo lo sufrirá. ¡Y si es más penoso para él que la misma muerte, él sólo será culpable! El mundo necesita obreros espaciales para abrir rutas del Universo al hombre. Los que en tiempos pasados, ya remotos, trabajaban las canteras y las minas, ahora han de trabajar en las nuevas sendas abiertas en el cielo. Sentencia dictada, Igor Urko.

Se alzaron los jueces, mientras Urko chillaba más y más con voz cuya potencia crecía por momentos, en un diapasón tenso, espeluznante:

—¡No lograréis destrozar así mi vida! ¡Yo me escaparé algún día de allí! ¡Yo saldré de esa prisión, yo volveré para demostraros que Urko es aún el más fuerte, y se siente capaz de desafiar al mundo entero, aun dentro de vuestro odioso infierno flotante en el espacio!

Todavía gritaba, espumeante, cuando los guardianes de la Patrulla de Policía Espacial acudieron a sacarlo de su silla, sin despojarle de las paralizantes abrazaderas, y devolviéndolo de esta forma a la celda de donde fuera sacado para asistir al juicio.

Las puertas neumáticas, de inatacable metal aislante, se cerraron cuando Urko aún se retorcía, en un afán furibundo por libertarse, por gritar sus amenazas, que tan ridículas y desproporcionadas resultaban en un infortunado reo condenado a la Prisión del Espacio, de la que jamás salió nadie. La «Fortaleza Negra», como muchos la llamaban, por el color de su forma esférica, girando en torno a la Tierra en su órbita propia de Estación Satélite creada por el hombre.

Otros dos cautivos le miraron con ojos inexpresivos, mientras Urko seguía amenazando, enarbolando sus puños, sujetos por las abrazaderas, en la cerrada celda:

—¡Yo me vengaré! ¡Me tomaré la revancha de todos, y no tendré piedad! ¡Os odio, malditos verdugos, os odio…! ¡Sí, maté una vez, y volvería a matar mil veces! ¡Pero vosotros matáis a millares de seres, encadenándolos a la esclavitud sin final en aquel horrendo lugar del espacio!

Agotado, sudoroso y con expresión descompuesta, Urko parecía un monstruo, un animal feroz y dañino, cuando se encogió en un rincón de la celda cuadrangular, tras su explosión de impotente furia.

Los otros dos presos permanecían apartados de él, y también entre sí, por paneles de cristal inastillable y blindado que permitía los sonidos por un ingenioso sistema acústico, pero no autorizaba el contacto personal entre los diversos cautivos.

Uno de ellos era de edad avanzada y blancos cabellos en desorden, sobre la faz aguda, inteligente y sobria. Entornó los grises ojos fatigados, al susurrar:

—Urko, no te lamentes así, muchacho. Todos vamos allá por nuestras propias culpas. Tú mataste… Lothar conspiró contra el Estado… y yo cometí también mi propio y grave error contra las Leyes y la justicia de los hombres, que siempre tuve por menos de lo que realmente significaban. Ahora vamos a pagar el error. No tenemos por qué lamentamos, Urko.

El preso pelirrojo, de rostro ancho y brutal, miró con ira contenida al hombre de edad. Se hinchaban alarmantemente las venas de su frente, pero nada dijo.

Fue el tercer preso, Lothar, un joven alto, muy enjuto y de cabellos ralos y grandes ojos saltones, con lentes adheridas al globo ocular, quien prosiguió con voz apagada y sin fuerza:

—El profesor Wakky tiene razón, Urko. Somos tres reos de delitos graves, como lo son los huéspedes a perpetuidad, desterrados a la Prisión Espacial. No podíamos esperar más. En otra época nos hubieran ejecutado. Ahora, al menos, disfrutaremos de la vida, aunque sea sometidos a esa esclavitud legal que tanto te asusta, Urko. Ten paciencia, o todo será peor allá arriba. Mucho peor…

Por toda respuesta, Igor Urko, lanzó una especie de sordo y sibilante

rugido, apretó los puños velludos, de tal modo, que crujieron en forma siniestra los huesos, y declaró con voz temblorosa de rencor y de odio:

—No me importa lo que ustedes digan. ¡No me importa nada! Yo me vengaré… ¡Me vengaré algún día! Y no tendré prisa, porque sé que ese día ha de llegar…

Lothar y el profesor Wakky se miraron en silencio. Este último se encogió de hombros. Su mirada dio a entender a Lothar sin palabras:

«Es mejor dejarlo y no discutir. Urko es peligroso. Muy peligroso… y allá arriba va a ser nuestro compañero forzoso nos guste o no nos guste…»

* * *

—Lamento comunicarle esto, señorita Wakky. Pero las Leyes son tajantes con los casos como el suyo. Se hizo cuanto fue posible por reducir su condena, pero…

Laila Wakky asintió con la cabeza. Sus grandes y rasgados ojos color esmeralda se llenaron de lágrimas. Bajo la ceñida blusa de «plastsilk» dorado su seno juvenil palpitó, convulso por la emoción que trataba de contener en vano.

—Eso quiere decir… —comenzó con aquella voz suya, suave y melodiosa, como la vibración de un cristal purísimo golpeado por una varilla de plata.

—Quiere decir que la condena en estos casos es escueta; veinte años de prisión forzada en la Estación-Penitenciaría.

Laila sintió como si el suelo cediese bajo sus pies, como si el infinito azul cuajado de astros se derrumbara sobre su cabeza. Las lágrimas rodaron, resbalando por sus mejillas sin maquillaje.

—¡Dios mío! —susurró—. ¡Veinte años!

—Se ha tratado de apelar a su edad, a su buena fe en el momento del experimento, a todo cuanto estuvo en manos de los defensores legales, señorita Wakky —declaró el funcionario del Pabellón de Justicia de Ciudad-Centro, dominando su propio embarazo ante el sordo dolor de

la joven—. Pero usted conoce mejor que mucha gente la rigurosidad de las Leyes actuales. Usted sabe que el que pone en peligro una vida humana, consciente o inconscientemente, incurre en igual delito de atentado a la existencia del hombre. Su padre estaba convencido de que su auxiliar no corría el menor peligro, pero lo cierto es que el exceso de confianza le llevó a arriesgar su vida. Y el auxiliar Frober murió…

—No era posible prever el fallo —objetó ella roncamente—. Yo misma estaba convencida del éxito. Había salido bien una vez, dos, cien… y a la ciento uno tuvo que fallar. Precisamente cuando Frober ocupaba su sitio en el espejo proyector…

—Lo cual le volatilizó para siempre en el vacío, aniquilándole como a un ente físico. De haber triunfado su padre, Frober hubiese sido trasladado por el trasmisor de materia hasta cualquier lejano astro, hallando así el camino ideal para la conquista de los mundos. Ello no ocurrió, lamentablemente. Frober perdió la vida al someterse al experimento, su padre destrozó la obra creada en su desesperada ira por el fracaso y la muerte de su colaborador y amigo… pero el delito permaneció en pie: un hombre pagó con la vida el error científico. Su padre mereció para los jueces la pena impuesta. Y ha de pagarla en la Prisión del Espacio.

—Veinte años… Es toda una vida, porque a la edad de mi padre no se vuelve de un lugar así. Quizá ni siquiera viva esos veinte años.

—Señorita Wakky, de haber existido premeditación o mala fe, su padre hubiera sido condenado a más duros trabajos de los que sufrirá allí. Y durante toda su vida, hasta el fin de sus días. Es joven aún. A sus cincuenta años, veinte más suponen setenta. El término medio de vida humana en nuestro siglo, gracias a los progresos médicos, científicos y biológicos, se eleva a cien años, usted lo sabe. Él puede sobrevivir y reanudar su existencia en la Tierra al término de su condena.

—No lo entiende. Mi padre no sobrevivirá al cautiverio. Moralmente está destrozado. No resistiría ni cinco años allá arriba, en aquel horrible satélite para condenados.

—Comprendo su dolor y sus sentimientos, señorita Wakky. Me gustaría que estuviese en mi mano ayudarla. Pero no es así. Yo soy solamente un funcionario legal, no un juez que decida. Sólo le puedo pedir que tenga fe y confíe en Dios.

—Sí, gracias. Después de todo, es lo único que está en mi mano hacer… —Laila Wakky inclinó su plateada cabeza, su bellísimo rostro se contrajo en una rápida expresión de dolor. Luego se alejó de la oficina de información jurídica del Pabellón de Justicia.

Adam Olak, miembro de la Sociedad Mundial de Justicia, suspiró, viendo alejarse a la muchacha. Su esbelta figura, vestida con una blusa dorada, breve falda de color magenta y piernas enfundadas en malla de plata, se perdió en los corredores automáticos en movimiento hacia la salida de la Central-Plaza.

—¿Quién era ella, Adam? ——preguntó una voz tras de él—. Es muy bonita…

Adam se volvió. Aun antes de ver a su interlocutor sabía quién era éste. Si alguien preguntaba por una mujer bonita o se interesaba por ella, ese alguien no podía ser otro que Galo Arrow, el piloto de los «Super Rockets» de la Patrulla de Control Jurídico del Espacio, llamada también con sus siglas de «S.J.C.P.», o simplemente como Patrulla de Control.

Y era él, por supuesto. Adam Olak le sonrió cordialmente y guiñó un ojo. Pero luego se puso más grave, más profesional.

—Es preciosa, Galo. Una de las chicas que te vuelven loco a ti y a dos millones de hombres como tú, incluido yo mismo —confesó—. Pero vale más que no intentes cortejarla.

—¿Y por qué no? ¿Está comprometida, o casada, tal vez?

—Es soltera, Galo. Pero a partir de ahora nos odiará por lo que ocurre. Es la hija del profesor Wakky. ¿Entiendes ahora?

Galo Arrow se quedó callado. Afirmó con su cabeza rubia, erguida y rectangular, sostenida por un cuello musculoso que asomaba por el cuello galonado de su uniforme rojo. El casco, blanco y plata, se ajustaba a su cabeza, dejando escapar un mechón de cabellos rubios, más por coquetería de su dueño que por necesidad.

Los ojos grises, duros y burlones, expresaron preocupación, con un destello grave.

—Ya —dijo con parquedad—. No podía imaginario, Adam…

—La muchacha está desolada, y con razón. Para ella, su padre no es un criminal inconsciente, sino un héroe de la ciencia, que cometió un

error imprevisto… o al que fallaron sus elementos básicos en el más inoportuno momento.

—¿Y bien? ¿Quién tendrá la razón? ¿Ella o los jueces?

—Eso es algo de lo que uno nunca está seguro —confesó Adam—. Pero tenemos la obligación moral de creer que nuestros jueces son los que están en lo cierto. Además, es el criterio que prevalece.

—Quizá ahí estriba su única razón —farfulló Galo Arrow con tono indiferente—. Lo lamento por esa muchacha, de todos modos. Es un duro golpe ver a su padre condenado como un criminal vulgar.

—En eso tienes razón —asintió Adam Olak—. No comprendo cómo pudo ocurrir esto. El profesor Wakky es un hombre de ciencia prestigioso. Debió tomar todas las medidas para evitar el fallo, el error fatal…

—En ciencia no siempre es fácil —suspiró Galo, sentándose despreocupadamente sobre el mostrador metálico de la oficina, ante el gesto escandalizado de Adam, que tuvo sin cuidado al joven vestido de rojo—. Puede salirte bien un experimento previo, con conejos de indias u otros animales, hasta veinte años seguidos. Y cuando, plenamente seguro, pruebas con un ser humano, todo se hunde.

—El transmisor de materia hubiera sido un gran progreso para la Humanidad, de resultarle bien.

—Por supuesto. El «Teleportador» creo que lo llamaba Wakky. Era un espejo que absorbía la imagen de uno, en sus tres dimensiones, descomponiéndola en átomos y moléculas. Estos elementos, descompuestos, viajaban a través del espacio hasta el punto señalado por el espejo o conducto absorbente, a semejanza de las ondas radiales o televisadas y allí se volvían a agrupar, formando el cuerpo original, en su extremo opuesto.

—Sí, pero la radio y la televisión necesitan el receptor, el aparato que capte y concrete esas ondas…

—Eso es lo maravilloso del invento de Wakky. Cualquier punto sólido, fuese cual fuese su estructura y formación, servía de antena receptora ideal para concretar de nuevo la forma proyectada a través del espacio. Así, uno podía llegar en décimas de segundo a cualquier punto del espacio, atravesar millones de millas a la velocidad lumínica o superior, alterando totalmente todos los sistemas de navegación espacial conocidos hasta la fecha. Pero eso fracasó, y el profesor

destruyó sus elementos, tras la pérdida para siempre de Frober, su auxiliar, en el vacío infinito, convertido en átomos y moléculas dispersas.

—Ahora nadie se atreverá a probar eso nuevamente, ni tampoco habrá quien se ofrezca al experimento.

—Sí, eso sospecho. Es algo que se olvidará, infortunadamente para la Humanidad. Todo progreso tuvo sus sacrificados, sus víctimas heroicas... Las Leyes, ahora, son demasiado rígidas.

Saltó al suelo, despreocupado, y palmeó la espalda de Adam con calor.

—Me marcho, muchacho —añadió—. Dentro de una hora sale mi escuadrilla de vigilancia hacia los alrededores de la Luna, y no puedo demorarme más.

—¿Alguna novedad en el espacio, Galo?

—Nada. La supuesta nave pirata que destruyó al cohete correo con la base lunar no ha aparecido ni ha dado la menor señal de vida. Seguramente los detectores de radar de Base Luna cometieron algún error al registrar la presencia de dos cuerpos celestes distintos, ambos reaccionados por reactores. Es posible que la nave correo sufriera un accidente y se partiese en dos.

—¿No crees en esos piratas del espacio que desvalijaron el correo, según las teorías, destruyendo luego la nave?

—Sólo creo en aquello que está positivamente demostrado. Y esto no parece estarlo muy claramente, Adam. Puede haber mil explicaciones, excepto esa de los piratas espaciales. La gente tiene siempre propensión a las historias truculentas.

Agitó una mano, cerca ya de la salida, y se embarcó en la cinta automática de descenso a la calle. Adam sonrió, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Siempre el mismo —comentó entre dientes—. Ese muchacho no cambiará...

CAPÍTULO II

Cuadrose Galo ante el comandante Skade, de la Policía Aérea.

—Creo que me ha hecho llamar, señor, supliéndome en el mando de la escuadrilla de Patrulla lunar por el capitán Warrell.

—Cierto, Arrow. A usted le necesito para una misión de mayor importancia que un simple vuelo patrullero, por la ruta de los correos Tierra-Luna.

—A sus órdenes, señor. Espero sus instrucciones.

—Gracias, Arrow —el comandante Skade esbozó una sonrisa afable en su rostro rubicundo y cordial—. Usted es el mejor piloto de nuestras naves. Por eso quiero que sea usted quien tripule la nave celular destino al Satélite-Prisión.

—Comprendo, señor. ¿He de conducir allí a los presos?

—Eso es. Son tres, dos de ellos condenados a cadena perpetua, Urko y un tal Lothar, que conspiró contra el Estado de la Tierra. El tercero es el profesor Wakky a quien sin duda conocerá de nombre…

—Cierto, señor. A pesar de todo, no me parece un viaje peligroso.

—Lo es, según como se mire. No por Wakky, resignado a su suerte y por Lothar, que es físicamente débil, sino por Urko. Es un asesino, una bestia feroz y cruel, y además le ha enloquecido su sentencia. Sería capaz de cualquier cosa, con tal de vengarse, de buscar una fuga que le permitiera una sangrienta venganza sobre nosotros, sobre la humanidad entera…

—Entiendo. Un penado sumamente difícil, ¿eh?

—Sí, mucho. El alcaide Groth le acompañará en el viaje. Ha venido desde la Prisión Espacial exclusivamente para velar por Urko. Eso le demostrará que no nos fiamos de él en absoluto.

—Hum —Galo sonrió—. Será cosa de ir pensando que no es precisamente un viaje de placer, ¿eh?

—Ni mucho menos. Por ello he pensado en usted. No es sólo un gran piloto, sino un magnífico policía y un hombre capaz de resolver cualquier situación de emergencia.

—Gracias, señor, por tan alto concepto. Procuraré estar a la altura de

él, pero también desearía que no fuera preciso demostrarlo.

—Yo también —rio el comandante Skade, estrechándole la mano con calor—. Ahora, salga para la rampa de lanzamiento número 12. De allí sale su «Rocket» celular. Buena suerte y buen viaje.

Galo Arrow salió. Un automoto le condujo hasta las gigantescas rampas de lanzamiento que, como una hilera de colosales curvas proyectadas al espacio, servían para dirigir a los cielos las formas agudas, aerodinámicas y fulgurantes de las naves terrestres.

Se detuvo ante el paso a la número 12. Exhibió su placa de control a la Guardia de Seguridad Aérea y le permitieron pasar. Galo caminó por la enorme pista de cemento y metal, hacia las vías donde se hallaba situado el cohete celular. Era una nave de fuselaje gris plomo, con el escudo de la Justicia terrestre a ambos lados.

Un alto oficial de uniforme negro, con insignias plateadas, le esperaba ante la puertecilla de acceso a la cabina de mandos. Iba armado con una pistola atómica, pendiente de la cintura y tendió sonriente la mano a Galo.

—Hola, piloto Arrow —saludó—. Soy el alcaide Groth, de la Prisión Espacial.

—Encantado, Groth —a Galo le agradó su rostro juvenil, fuerte y llano, bajo el cabello castaño que cubría una gorra con el emblema de la prisión—. ¿Preocupado con Urko?

—Un poco, la verdad —confesó el alcaide, con expresión grave en sus ojos oscuros y sagaces—. Rara vez bajo del satélite, pero esta vez quiero estar bien seguro de que se guardan las máximas precauciones. Urko es un delincuente peligroso y mentalmente un maniático vengativo y feroz.

—Todo un angelito, vamos —rio Galo de buen humor. Comenzaron a subir la escala de acceso—. ¿Vamos nosotros solos?

—No. También viene uno de mis guardianes, Velda, armado con un ametrallador nuclear, por si acaso. El monta guardia en la cabina de atrás, junto a los presos. Pero, naturalmente, a Wakky y a Lothar no es preciso vigilarles tanto. Son condenados normales, gente resignada a lo que sabe que es inevitable. Urko, no. Es simplemente una fiera encadenada. Si ve una posibilidad de soltar esa cadena o romperla, todos estaríamos perdidos…

Habían llegado a la cabina de mandos semicircular. Toda la curva delantera, formada por la proa de la nave, aparecía con grandes ventanales curvos, de vidrio metalizado, irrompible y refractario a temperaturas, fricciones y cambios técnicos, ante los que se extendían los tableros de mandos automáticos y simples, la pantalla de televisión exterior, a distancia regulable, y el televisor secundario, conectado con la cabina de celdas situada en la proa de la nave.

Galo Arrow se sentó ante los mandos, en una de las tres butacas gemelas, de bandas de seguridad electrónicas, que se adaptaban inmediatamente al cuerpo, nada más ocupar el asiento. Junto a él lo hizo Groth, el alcaide, conectando los controles de ambas líneas de televisión.

En la pantalla apareció la gran pista de despegue, los edificios militares al fondo y el cielo azul a donde iban a dirigirse en breve. En el inferior, una cámara dividida en seis compartimientos de muros transparentes e irrompibles, pero de las que solamente tres aparecían ocupadas por los presos.

Galo contempló la figura joven, alta y delgada, de ojos provistos de «oculares». Sabía que era Lothar, el conspirador político, porque el hombre de edad madura y cabellos blancos sobre la faz noble y sensible era el profesor Gerdan Wakky, padre de la muchacha del pelo plateado.

Y el tercero, el temido, el peligroso y difícil Igor Urko, el asesino...

Galo le contempló fijamente, estudió sus facciones brutales, violentas y hoscas. Estaba encogido, como un tigre furioso o como un gorila encadenado, presto a saltar sobre su presa al menor descuido de ésta. Su musculatura era poderosa, su mirada extraviada, sus enormes puños velludos se apretaban entre sí, ligados por las abrazaderas metálicas de cautivo.

—Sí, será temible el día que pueda valerse por sus propias fuerzas —confesó, impresionado, volviendo sus ojos al alcaide—. ¿Cree que podrá reducirlo en la Prisión del Espacio, Groth?

—Allí la seguridad es máxima, Arrow —asintió el oficial—. Nadie puede escapar a la vigilancia de los rayos infrarrojos, al sistema metálico de alarma, al control de toda clase de guardia armada y de mecanismos destinados a guardar a los presos con tanta o mayor eficacia que los hombres... y con la ventaja de no admitir soborno, corrupción o miedo. De «La Fortaleza Negra» no se sale, Arrow, si no

es para recibir la libertad legal y volver a la vida como un hombre libre.

—Menos mal. No me gustaría saber que ese hombre anda suelto por ahí.

—Ni a mí, Arrow, ni a mí... —asintió gravemente Groth, examinando de nuevo al preso—. Bien, todo está listo ya. Cuando usted quiera podemos partir.

Galo estableció contacto de radio con la central de navegación. Se le autorizó a salir de la pista número 12 y la firme mano del piloto oprimió el botón de salida.

Rugieron los termorreactores, brotaron llamas y humo, en ardiente oleada, por los tubos de escape de la popa. La nave salió disparada, rampa arriba, en una curva ascendente cada vez más acentuada.

Por último, el vehículo espacial celular se proyectó hacia el azul del cielo, bajo la experta mano del piloto Galo Arrow, llevando a bordo a los sentenciados de la Prisión del Espacio, entre los que se contaba Igor Urko, el más peligroso de todos...

* * *

Lo que las gentes temerosas de la Justicia llamaban «Fortaleza Negra», se cerró tras de la nave celular, de regreso a la Tierra.

Galo sonrió, más tranquilo, a bordo del cohete. Ahora viajaba solo, no llevaba a nadie consigo, y sentíase mucho más seguro que con el temible Urko a bordo.

Como Groth dijera, no iba a serle fácil a Urko intentar nada en aquella mole metálica, de negro cuerpo, que iba siguiendo su órbita natural en el espacio, en torno a la Tierra, y a unas doscientas mil millas de la superficie del planeta.

Había visto las instalaciones, modernas y limpias repletas de claridad y de fría belleza arquitectónica, pero terriblemente cerradas, herméticas a todo contacto con el exterior, aisladas del espacio, del mundo, de todo cuanto rodeaba a la prisión flotante en los negros cielos, tachonados de parpadeantes astros remotos.

Patrullas de guardianes armados, con negros uniformes, pilas electrónicas, para mantener a distancia a cualquier recluso rebelde, gracias a los electrodos especiales de que eran dotados todos ellos en sus cascos negros del uniforme presidiario, mantenían también armas automáticas, de carga nuclear, entre sus enguantadas manos, protegidas así, con el tejido antirradioactivo, como su traje, sus gorros y sus máscaras, colgadas a la espalda, de cualquier peligro atómico, siempre posible en una era en que todo se regía desde grandes centros termonucleares, desde la luz artificial al aire renovado e igualmente creado artificialmente, pasando por la calefacción, refrigeración, energía y mecanismos.

Galo estaba seguro que de aquella auténtica fortaleza situada por el hombre a una distancia de su mundo que garantizase la seguridad de sus habitantes en la máxima medida posible, absolutamente nadie podía escapar. Groth, el alcaide, le había referido que más de doscientos guardianes y una poderosa red electrónica de detectores, controles y vigilantes ojos infrarrojos instalados estratégicamente en corredores, naves y celdas, formaban el vasto sistema guardián de aquel mundo creado para guardar en su negro cuerpo metálico a los seres execrados por la sociedad, a cuantos olvidaron las Leyes elementales de ésta, en defensa de sí misma.

El viaje a la Tierra podía efectuarlo con gran rapidez, dada la velocidad formidable a que podía maniobrarse y conducir una especie de aquellas ligeras y aerodinámicas naves del espacio. Pero, en realidad, ahora no tenía prisa. Su misión en la ruta de los correos espaciales a la Base Luna, la pobladísima colonia terrestre en el satélite lunar, la había suplido el capitán Warrell, al frente de la flotilla de cohetes patrulleros.

Virtualmente, no tenía nada específico que hacer a su regreso a la Tierra, y tanto le daba tardar un par de horas como cinco o seis. Puso el mando automático del coche en marcha, y se reclinó en el muelle asiento de espuma, aspirando con deleite el humo de su cigarrillo, que lanzó en delgadas columnas por su nariz.

Le había causado cierta pena ver al profesor Wakky en su celda de condenado, cuando ésta se cerró tras él. Groth mismo, a pesar de su experiencia en tratar a los más diversos reclusos, se sintió también movido a la piedad, y le había dicho en tono amable al profesor:

—No desespere, amigo mío. Las cosas son siempre menos malas de lo que imaginamos. Aquí, no le voy a someter a trabajos penosos sino solamente a aquellos que sean útiles a la comunidad. Y usted, como

hombre de ciencia, tendrá su sitio en nuestros centros científicos del satélite…

Pero Wakky había sonreído dulce, borrosamente para responderle al alcaide:

—Gracias, señor. Sin embargo, hay algo que usted no puede darme. Y es la ternura, el amor de mi hija Laila, el calor de mi hogar junto a ella en la Tierra. Laila es lo único que tengo… y sé que ya jamás la veré.

—No diga eso, profesor —había intervenido Galo espontáneamente—. No es una pena perpetua la suya…

El profesor le había mirado con expresión amarga, para contestar:

—Veinte años, para mí, son más que una vida, mucho más. Sé que jamás cumpliré esa pena, porque habré muerto mucho antes.

Cuando Groth despidió a Galo Arrow en la puerta de la nave, dispuesta a partir en la plataforma de lanzamiento automático al exterior, había manifestado, moviendo la cabeza con pesimismo:

—No sé, Galo, pero creo que a ese hombre no debieron tratarle como a un delincuente vulgar, porque no lo es. Está moralmente destrozado… y va a ser todo un problema.

Galo suspiró. No envidiaba al alcaide del Satélite Prisión. Le había dejado con un montón de problemas allá arriba. Uno, el profesor Wakky y su melancolía. Otro, Igor Urko y sus juramentos constantes de liberación, de odio, de venganza, su sed violenta de sangre…

Se inclinó sobre los mandos, mientras por la proa transparente de su nave observaba la forma esférica, azulada y brumosa de la Tierra, distante, pero cada vez más próxima a él.

Llamaría a Warrell para saber cómo iban las cosas. Situó los mandos del sistema de radio, de acuerdo con la longitud y frecuencia de onda establecida para las patrullas policiales del espacio, y que solamente ellos, sus funcionarios, conocían, y luego empezó a emitir la llamada:

—Galo Arrow, del Cohete Celular, llama al capitán Warrell, de la Patrulla Lunar. Galo Arrow llama al capitán Warrell, de la Patrulla Lunar…

Luego, esperó, mientras el sistema especial de radio transmitía el

mensaje.

No hubo respuesta de momento, a pesar de que Arrow estaba seguro de haber hecho bien la emisión. Insistió tres veces más, y mantuvo fija la llamada Morse a través de la frecuencia prevista.

Cosa de dos minutos más tarde, la luz roja del receptor parpadeó. Sonrió, más tranquilo. Había respuesta al fin desde la patrulla policial.

—¿Quién transmite, por favor? —interrogó una voz lejana por los auriculares—. Repita su clave... repita su clave...

Galo lo hizo. La respuesta esta vez fue más precisa.

—Soy el sargento Rondyk, Galo.

—¿Rondyk? Pero sargento, yo llamo al capitán Warrell. ¿No va usted en su patrulla?

—Sí, Galo. Pero Warrell ya no podrá responderle nunca. Ha muerto.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Galo, subiéndole por la espina dorsal. Se le erizaron los cabellos bajo el casco blanco de piloto. Repitió, atónito:

—¿Muerto ha dicho?

—Sí. No sólo él, sino toda la patrulla... excepto yo.

—¡Dios mío, no es posible! ¡Eran seis cohetes!

—Éramos seis, sí. Ahora hay cinco bajas, galo. Usted hubiera sido una de ellas de no substituirlo a última hora el capitán Warrell. El destino le libró a usted de milagro, Galo.

Arrow se pasó una mano por la frente, enjugándose el frío sudor que de súbito había humedecido su piel. Preguntó roncamente:

—¿Fue... un accidente, sargento?

—No. Un ataque.

—¿Ataque? —Galo se puso rígido. Tensáronse sus nervios, todos sus músculos bajo la ceñida tela plasto-metálica de su uniforme rojo—. ¿Ataque de quién?

—Esos piratas, Galo... Existen, son unas naves extrañas, de color

oscuro, sin matrícula internacional ni señal alguna de identificación. Cayeron sobre nosotros como buitres, surgiendo de detrás de la Estación Espacial A-4. Nos atacaron con proyectiles desintegrantes, sin que dispusiéramos de tiempo para defendemos ni para pedir auxilio a las demás patrullas. Warrell fue el primero en caer. Yo empecé a dirigir a los demás, pero era tarde para evitar el desastre. Solamente cuando logré eludir un ataque y repliqué, al tiempo que pedía urgente ayuda, los piratas se asustaron, huyendo vertiginosamente.

—¿No han dado con ellos o con su rastro, sargento?

—No. Han desaparecido como engullidos por el espacio mismo. Muchas patrullas andan ahora en su busca. Yo con ellas.

—¿Y la Estación Espacial A-4? ¿Qué ha sucedido en ella?

—No he estado allí. Pero dicen que esos piratas han robado el cargamento de uranio últimamente enviado.

—¿Uranio? ¡Eso es muy peligroso, sargento! El uranio, en poder de unos bandidos, puede significar un serio peligro para la Tierra...

—Se está dando la alarma a todos los Estados Federales del planeta. Esperamos, sin embargo, que esos bandidos sean localizados cuanto antes, galo.

—Yo regreso ahora mismo a la Tierra. Allí pediré permiso para unirme a las patrullas de servicio. ¡Warrell será vengado, lo mismo que los restantes compañeros!

CAPÍTULO III

Adam Olak alzó los ojos, fijándolos gravemente en Galo.

—¿Y qué ha ocurrido? —preguntó.

—Nada —fue la parca respuesta.

—¿No disteis con ellos?

—Ni con ellos, ni con su rastro, Adam —confesó Arrow con ira

contenida—. Hemos batido todas las zonas del espacio que son humanamente asequibles. Desde la Base Luna se han enviado más patrullas en busca de cualquier indicio o pista de esos criminales del espacio. Pero nada se ha logrado. Es como si se los hubiera engullido el cielo.

—¿Estáis seguros de que son terrestres? —inquirió Adam.

Galo enarcó las cejas, perplejo. Miró a Olak con sorpresa. Luego, se encogió de hombros.

—No sé nada de nada. Pueden ser auténticos marcianos, y haber regresado a su mundo. En realidad, nadie los ha visto. Sus naves parecían terrestres, pero ¿qué puede significar eso? Tal vez ellos tengan sistemas de transporte similar al nuestro. Igual pueden ser forajidos de nuestro propio planeta, que es la teoría oficial al respecto.

—El uranio robado significa un peligro, ¿no?

—El uranio siempre es peligroso. Además, había mucha cantidad en las cajas metálicas antirradiactivas que se robaron en el ataque a la Estación A-4. Sin embargo, lo que me enfurece es la muerte de Warrell y de los demás.

—Tú te libraste por poco, Galo.

—Eso no cambia las cosas. Otros buenos compañeros míos han caído. Y su único motivo fue el estar defendiendo la Ley bajo un uniforme digno y honrado.

—Veo que has perdido parte de tu famoso cinismo, ¿eh, Galo?

—Por fuerza, Adam. Cuando ocurren cosas como ésta, uno no tiene ganas de bromear. Solamente desearía tener ante los puntos de mira de mis armas a esos canallas, un solo momento.

—Sospecho que eso va a ser difícil, Galo.

—Sí, muy difícil. Voy a descansar un poco y a tomar un refrigerio. Es posible que esta misma noche salga otra vez en busca de esos piratas.

—Si lo haces, avísame. Me gustaría ir contigo

—¿A ti?

—Claro. Recuerda que soy también piloto de proyectiles cohete, aunque ahora ejerza este cargo oficial. Puedo prestarle buena ayuda,

no estorbar tu misión.

—Nunca he pensado eso, Adam —sonrió cansadamente Galo, palmeando su hombro—. Sabes que te aprecio de veras, muchacho. Ya te avisaré, si realmente voy. Hasta luego.

Salió del edificio de Justicia. En la plaza, al atardecer, había normalmente poco público. Ahora era distinto. Los grandes tableros luminosos de noticias de última hora, atraían al público con su Prensa movible, transmitiendo la actualidad de la lucha contra los piratas siderales.

Galo se abrió paso entre el público que leía las letras luminosas en su rápido paso por las pantallas periodísticas, y se encaminó hacia un motomóvil. Pero antes de ocuparlo, se detuvo, con la vista fija en la persona que avanzaba hacia el acceso automático al Pabellón de Justicia.

Le resultó conocida la cabellera plateada y el rostro exótico, a pesar de que ahora llevaba una capa negra, brillante, sobre su traje oscuro. Era la hija del profesor Wakky, la hermosa Laila.

Avanzó hacia ella. La llamó suavemente:

—Señorita Wakky, por favor...

Ella se detuvo, junto a la banda metálica en movimiento. Volvióse lentamente, mirando a Galo. Estaba muy pálida, Y sus hermosos ojos tenían una luz opaca, triste...

—¿Qué desea, señor? —advirtió su uniforme de piloto oficial—. No lo conozco...

—Yo a usted, sí. Me llamo Galo Arrow, señorita. Sé quién es. Y me pregunto a qué viene ahora a este edificio. ¿Acaso a sufrir más?

—No puedo sufrir más de lo que sufro ahora, señor. Vengo a hacer una reclamación legal por la condena de mi padre, si es que le interesan mis motivos. He descubierto, examinando sus proyectos y cálculos, que todo estaba bien. El fallo fue del propio Frober, el ayudante de mi padre. ¡Está allí, en las anotaciones, con la letra del mismo Frober!

—¿De veras? —Galo frunció el ceño, contemplándola con mayor interés—. Eso puede ser una prueba a favor de su padre.

—Claro que sí. Por eso voy a apelar contra la sentencia de…

—He dicho que puede ser una prueba. Pero no definitiva, señorita Wakky.

—¿Eh? —ella, le contempló con irritación y recelo—. ¿Qué es lo que dice?

—Además de piloto, soy policía, señorita Wakky. Permítame, pues, que le dé un consejo. El hecho de que Frober se equivocara, resultando responsable de su propio fin, no hay duda que cambia todo el caso. Pero los jueces no querrán admitirlo fácilmente y mucho menos el Fiscal General de los Estados Terrestres. Les conozco bien, por eso se lo digo.

—¡Pero es injusto un castigo por algo de lo que él no fue culpable! —gritó ella.

—Escúcheme, señorita Wakky. No sé si esto me hará aparecer ante usted como un ser odioso, o no. Tripulé la nave celular que le ha llevado a aquel satélite. Lo he visto, y me ha parecido un hombre íntegro, honrado… y que la ama mucho a usted.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas. Inclinó la encabeza plateada, estremeciéndose.

—Si —susurró—. Me ama. Y yo a él. Por eso tengo que luchar para recuperarlo…

—A eso iba. Si va con esa prueba ahora, no logrará nada. Solamente ponerlos en guardia para el día que usted la presente ante los jueces, en cuyo caso habrá perdido gran parte de su valor. ¿Por qué no calla, espera un poco, y fortalece esa prueba de un modo indiscutible para obtener su libertad inmediata?

—¡Yo quiero rescatarle ahora!

—Su impaciencia empeorará las cosas. Hágame caso, señorita Wakky. Quiero ayudarla de veras en esto. Ante todo; ¿está plenamente segura de que esa prueba es definitiva?

—Sí. Mi padre hacía sus anotaciones en un cuaderno, Frober en otro. Están sus nombres allí. Frober construía los elementos del «teleportador», de acuerdo con las indicaciones matemáticas de mi padre. Allí se demuestra claramente que Frober recogió mal esas instrucciones, y de ahí vino el fallo.

—¿Es seguro que de eso pudo venir el fallo?

—Totalmente.

Galo preguntó:

—¿Usted es también física, señorita Wakky?

—Sí. Mi padre fue mi mejor maestro. Aprendí mucho a su lado.

—Ya —las ideas de descanso y reposición de fuerza sufrieron en Galo un brusco cambio; no sabía si por interés hacia el profesor o hacia su hija Laila—. ¿Usted se fiaría de mí, si le pidiera que me mostrase esas pruebas?

—¿Por qué había de fiarme de usted? No lo conozco. Aunque sea un policía, no tengo por qué confiar en usted.

—Claro que no. Por eso se lo he preguntado.

—Además, puede tratar de destruir la prueba. No me fío de ustedes...

—Tal vez tenga sus motivos para ello. Además, está amargada, y es natural. Sin embargo, yo le doy mi palabra de honor de que jamás hago nada que me parezca injusto. Y el encarcelamiento de su padre es una de las cosas que me lo parecen. Si confiara usted en mí, yo la ayudaría. De corazón, y con todo mi entusiasmo.

—No tengo a nadie en quien confiar. No tengo amigos capaces de mover un dedo en mi auxilio... —ella alzó los ojos, clavándolos en Galo, y éste casi vibró ante la mirada de aquellas fascinantes pupilas verdes—. ¿Por qué no había de confiar en usted, pues? Está bien, señor Arrow. Acepto su ayuda. Espero que se porte de buena fe conmigo.

—Puede estar bien segura de ello. ¿Me permitirá ver esa prueba que cita?

—Sí. ¿Está dispuesto a venir conmigo ahora mismo?

—Por supuesto —sonrió Galo, ocultando su satisfacción—. Si es que confía en mí para entrar en su casa de noche...

—Después de todo es un policía, ¿no? Tendré que fiarme, a pesar de todo.

—Gracias. Vamos, yo la llevaré, si me dice dónde vive.

Laila dijo:

—Avenida Treinta y Nueve, bloque diez, puerta tres. ¿Sabrá ir?

—Yo sé ir a todas partes, señorita Wakky. Estoy habituado a extensiones tan grandes, que la ciudad y la Tierra misma me parecen un pañuelo.

Subieron a un motomóvil, que partió vertiginosamente por las vías en espiral de los caminos aéreos de Ciudad-Centro, conducido por las manos expertas de Galo Arrow.

* * *

Cerró la segunda libreta de apuntes. Luego, asintió con la cabeza, mirando calculador a la joven.

—Sí, creo que tenía usted razón. Es una prueba clara de que Frober falló.

—¿Servirá para liberar a mi padre? —los ojos de la joven brillaron, entusiasmados, con una luz de maravillosa esperanza.

—Puede servir… a su debido tiempo, conforme le dije. Hágame caso y espere.

—¿Esperar… a qué? Podría conseguir con ello una revisión del proceso.

—Claro que podría. Pero yo quiero algo más. No una revisión, sino un indulto total, una anulación de la sentencia, la libertad definitiva para su padre.

—Casi no puedo ni soñar con eso —suspiró la joven, perdiéndose algo del brillo de sus pupilas.

—Pues sueñe. Sueñe y tenga fe, amiga mía —dijo Galo, mirándola profundamente—. Con fe, muchos imposibles se alcanzan. No desespere jamás. Y ahora, menos que nunca. ¿Quiere que le diga la verdad? Me acerqué a usted por las mismas razones que cualquier hombre tiene para aproximarse a una chica bonita. Usted lo es, ya lo sabe. Luego, pensé seriamente en ayudarla, pero desconfiando de su seguridad en la inocencia de su padre respecto al trágico error en el

experimento. Ahora, finalmente, no sólo creo que el propio e infortunado Frober tuvo la culpa… sino que estaré a su lado por algo más que su bonita cara y su figura maravillosa. Le ayudaré con toda mi alma porque empiezo a apreciarla sinceramente, Laila. ¿Me permite que la llame así?

—Desde luego, Galo —ella sonrió, aunque aún con la sombra de tristeza que últimamente era habitual en la joven. Le tendió su mano, esbelta y nacarada—. Amigos, pase lo que pase… Aunque fracasemos en el intento de ayudar a mi padre.

—No fracasaremos —la faz enérgica, risueña y varonil de Galo Arrow se iluminó con una sonrisa. Oprimió la mano de ella, con un calor intenso, firmísimo—. Yo se lo aseguro, Laila. ¡No fracasaremos! Ahora que sé que él no tuvo la culpa en aquel tremendo fallo de su «teleportador», no pararé hasta poner en claro su total inocencia.

—Sin embargo, usted me sugirió esperar. ¿Qué es lo que podemos añadir a eso, Galo, para demostrarlo más rotundamente?

—Laila, usted me ha dicho que conoce bien todo esto —señaló en torno, al vasto laboratorio del profesor Wakky, a la sazón desierto y en sombras—. ¿Sería capaz… de construir lo que su padre destrozó tras el fracaso?

—¿Se refiere al espejo transmisor de materia? —ella abrió mucho los ojos—. Eso es muy difícil, casi imposible para mí…

—¿Él no le dejó absolutamente nada aprovechable para reemprender las investigaciones, Laila?

—Sí, eso sí. Atacó con una barra de hierro su invento, furioso con éste y consigo mismo, al comprobar que no había existido reintegración atómico-molecular, y que el pobre Frober no era sino un montón de átomos dispersos en el vacío, que jamás nada ni nadie volvería a reunir, porque el «teleportador», a causa del fallo, estaba incapacitado también para recibir de nuevo a su «viajero». Yo le aparté a duras penas, no sin grandes destrozos en el espejo. Pero éste quedó en algunas partes intacto o poco dañado. Es lo único de que dispongo.

—Bien. Es más que nada. Yo insisto en mi pregunta: ¿Sería capaz de rehacerlo, Laila, de dar forma definitiva al espejo «teleportador» de su padre?

—No… no he pensado nunca en ello, la verdad —reflexionó sorprendida—. Era algo que me parecía arriesgadísimo, y totalmente

inútil…

—Pues no lo es, ni mucho menos. Si alguien lograra rehacer ese aparato, ahora con todos sus elementos en orden, conforme a las notas de su padre, y se pudiera demostrar que cualquier cosa, ser viviente o lo que fuese, era «teletransportado» a otro punto, sería la prueba vital, definitiva para salvar a su padre. Y a la vez, para devolver a éste su fe en el mundo y en su propia ciencia. ¿Qué me dice a eso?

—La idea es maravillosa, pero… —se mordió el carnoso labio inferior. Luego, alzó los ojos hacia él—. Está bien. Probar, no cuesta nada. Simplemente perder unas horas, unos días más. Si veo que es algo superior a mis fuerzas, aun con las notas de mi padre como guía, y todo cuanto yo le vi hacer aquí, renunciaré, y apelaré por el camino estrictamente legal.

—Chica valiente —aprobó Galo, sonriendo—. No desmaye. Estoy convencido de que lo conseguirá. Y esa será nuestra prueba definitiva. ¿Necesita uranio o algún elemento radioactivo especial? Puedo proporcionárselo, de un modo estrictamente privado…

—No, Galo, gracias por tan valiosa oferta. Pero mi padre trabajaba en la desintegración atómica con otro mineral que no es uranio ni ninguno de sus derivados, y tampoco resulta, por tanto, radioactivo. Se trata de un derivado químico del copratomiun. Así se evita la peligrosidad en los experimentos.

—Magnífico. Procure llevar esto en el mayor secreto, Laila. Seguiré en contacto con usted. Es posible que en las próximas horas no pueda venir a verla, porque tengo un servicio importante que hacer…

—Lo imaginaba. Se refiere a esa noticia de los piratas siderales, ¿no es cierto? —preguntó ella—. Presencié en los televisores la información de última hora…

—Eso es, exactamente. Yo también tengo mis problemas, no crea. Milagrosamente, me salvé de morir a manos de esos corsarios del cielo, pero otros grandes muchachos, buenos camaradas míos, cayeron en mi lugar. Es una deuda que tengo pendiente con esa pandilla de asesinos.

—Por favor, Galo, procure no sufrir daño —musitó espontáneamente la joven del cabello de plata, apoyando una mano en el brazo del piloto—. Confío tanto en usted, que si volviera a quedarme sola no sabría qué hacer…

—Descuide —Arrow tragó saliva, mirando con intensidad a la muchacha. Sintió que se estremecía—. Volveré, después de haber hecho añicos a esa gentuza, se lo prometo.

Salió de la vivienda de Laila Wakky con un renovado ímpetu. Y con sus primeras intenciones triviales respecto a la joven, muy mermadas. Era una gran chica. Además de bonita, muy inteligente y sensible. No iba a tratar de enamorarla como a una mujer vulgar. Estaba realmente dispuesto a ser su amigo, a cooperar con ella en la difícil lucha entablada... Eso, si antes no llegaba su oportunidad de enfrentarse a los ladrones de uranio, y éstos le hacían seguir la misma adversa suerte del capitán Warrell y los demás pilotos...

* * *

Habían sido pocas horas de sueño, pero bastaron. Unas píldoras alimenticias y un comprimido contra la fatiga, unidos a las horas de descanso en casa, dieron nuevas fuerzas a Galo Arrow.

Estaba amaneciendo un día gris, lívido y triste por el horizonte rectilíneo, asfaltado, de las grandes pistas de despegue de proyectiles, cuando el joven piloto, todavía con los ojos ligeramente hinchados por el sueño, y encasquetándose su gorro de vuelo, llegó a las oficinas del Cuartel General del Aeropatrullas de la Policía.

El sargento Rondyk, superviviente de la hecatombe ante los piratas, se hallaba en la antesala del comandante Skade. Miró a Galo, le saludó, y manifestó luego:

—Usted también tiene que esperar, lo mismo que yo. Al parecer, el jefe quiere asignarnos hoy misión especial, fuera de las rutinarias patrullas.

—Hubiera preferido una patrulla vulgar —replicó Arrow, contrariado —. Así podría haber buscado por mi cuenta a esos asesinos.

—Tal vez esto nos dé mayores probabilidades de alcanzar esa revancha, Galo. Apuesto ciento contra uno a que lo que nos comunique el comandante, tiene relación directa con esos cobardes aparatos sin identificar.

—Ojalá sea así. Nunca he deseado tanto un encuentro como en esta

ocasión.

Pocos minutos después, Skade les recibía en su despacho. El semblante del jefe de patrullas no era muy risueño aquel día. Miró a ambos con fijeza y declaró sin rodeos:

—Muchachos, hay peligro en un punto de nuestro espacio que merece atención urgente de mis mejores hombres. Me alegra verle por aquí, Galo, aunque su deber empieza más tarde. ¿No le importará unirse a las demás flotillas de emergencia?

—En absoluto, señor —Arrow sonrió con expresión combativa—. Sobre todo, si es para buscar a esos perros del infierno…

—Sé lo que piensa. Y, efectivamente, es para buscarles. Pero también para cuidar de nuestro Satélite Científico.

—¿El K-13? —preguntó Galo, sorprendido—. ¿Por qué, señor? ¿No es el más seguro de todos?

—El Satélite Científico K-13, por poseer en su interior la principal pila atómica de la Tierra, además del más delicado instrumental científico, es el más seguro, porque en él se encuentran siempre los mejores hombres de la Ciencia mundial, trabajando para el bien de nuestro planeta y para el progreso del género humano. Pero acaso nunca como en esta ocasión sea precisa su serenidad total, porque tenemos allí al doctor Czanor, la primera figura de la física nuclear mundial, trabajando en un nuevo invento que mantiene en absoluto secreto. El uranio robado en el Satélite A-4, era en realidad para los trabajos del doctor Czanor, y eso nos hace temer por la marcha de las investigaciones… y también por un posible ataque de los piratas a esa base científica. Los instrumentos y aparatos del K-13, en poder de ellos, serían demoledores para el mundo.

—Pero esos bandidos pueden no tener la más remota intención de atacar al Satélite Científico, señor —objetó Galo—. Con lo que nos será imposible llegar a enfrentarnos con ellos para destruirles.

—Por eso quiero que partan ustedes hacia allá, pero de un modo totalmente secreto, y se sitúen en las bases más próximas al Satélite Científico, vigilando. Yo voy a hacer difundir ahora, por la radio, la noticia de que en el Satélite Científico se halla Czanor, con sus aparatos de gran valor, que en poder de cualquiera serían la mayor y más destructora fuerza del Universo.

—¿Y bien? Eso puede atraerles, es cierto, pero pueden llegar más

fuerzas de las previstas... y correrse un riesgo enorme.

—Ningún riesgo, Galo... porque Czanor está siendo trasladado a estas horas, secretamente, con su material investigador y con una nueva remesa de uranio y otra de radionorium, a un lugar enteramente seguro, y en el que nadie sospechará que pueda encontrarse.

—Muy bien. Eso cambia las cosas.

—¿Se imagina cuál es ese lugar, Galo? —sonrió el comandante.

—No, señor. Es difícil hacer cábalas. ¿Tal vez los espejos solares?

—No —Skade hizo una mueca burlona, satisfecha—. ¡La Prisión del Espacio!

—¡Diablo! —el sargento boqueó, sorprendido—. No se me hubiera ocurrido nunca.

—A mí tampoco —confesó Galo, ligeramente ceñudo.

—Es justamente lo que espero que suceda con los demás —declaró muy contento el comandante—. Allí no buscarán al doctor ni buscarán nada valioso... ¿Qué le ocurre, Galo? ¿Por qué pone ese gesto de inquietud?

—No es nada, señor. Simplemente, me preguntaba si sería prudente esa medida. De esa forma, no cabe duda que se aleja la posibilidad de un nuevo golpe, de incalculables consecuencias, por parte de la flotilla pirata, pero... ¿será sensato mantener a un sabio notable, con elementos científicos poderosísimos y con productos radioactivos de enorme peligrosidad, tan cerca de un enemigo de la sociedad, de un loco vengativo como Igor Urko?

—Igor Urko no es sino un penado más privado de libertad y de todos los medios factibles para alcanzarla —rio el comandante—. No tema por ese lado, Galo. De quien hay que guardarse es de los seres, terrestres o no, capaces de desvalijar un satélite y de destruir a una de las mejores patrullas del espacio.

—¿Espera que ellos intercepten los mensajes radiados y decidan atacar el Satélite K-13?

—Eso es, justamente, lo que espero. Y ustedes estarán allí, esperando a los piratas, para asestarles un golpe mortífero, y para descubrir también su posible identidad, de ser factible. Ahora recibirán

instrucciones exactas...

Se incorporó el comandante y pulsó un resorte de su mesa. Se iluminó un enorme mapa celeste, de color intensamente azul, en el muro, a sus espaldas. La figura de Skade se convirtió en una simple silueta, que empuñó una varilla luminosa, y fue trazando sobre aquel mapa del espacio terrestre, la trayectoria, posición de los navíos espaciales y todo el resto del plan militar previsto para sorprender a la flota pirata.

Galo Arrow, con la mirada fija en el cuadro luminoso, donde la Tierra, la Luna y numerosos satélites artificiales, estaciones del espacio, espejos solares, plataformas aéreas y todo lo que la ciencia humana inventara, aparecía reproducido a escala milimétrica, fue escuchando el proyecto y asintiendo a medida que se informaba de todas sus partes...

Poco después, aquel teórico juego se convertiría tal vez en una mortífera pugna, en las zonas siderales, entre los bandidos del espacio y los policías celestes de la Tierra...

CAPÍTULO IV

La espera estaba prolongándose.

Galo Arrow, inclinado sobre los mandos de su aeronave ligera y rápida, armada con potentes cañones atómicos y lanza proyectiles térmicos, capaces de incendiar al más gigantesco cuerpo expuesto a sus temibles impactos, mantenía sus nervios en tensión, con la vista fija en las pantallas visoras, conectadas directamente con la superficie del Satélite Científico, K-13 y con un dedo apoyado en el resorte de supervelocidad, capaz de situarle con su cohete en menos de diez segundos, en el distante cuerpo artificial terrestre.

Porque en apariencia, ni un solo vehículo policial rodeaba el satélite, y nadie hubiera sido capaz de imaginar que, desde todas las bases del espacio, las flotillas de la Fuerza Aérea Policial mantenían sus ojos electrónicos en el punto clave de la operación, esperando que el ansiado pez picase aquel colosal anzuelo.

Galo ocupaba su nave, seguido por otras seis, en las que el sargento

Rondyk, otros oficiales, e incluso su buen amigo Adam Olak, se disponían a partir como centellas, en el instante mismo en que llegara la más ligera alarma desde el aparato capitán del grupo, que era el del propio Galo Arrow.

Distaba aquella base de lanzamiento varios miles de millas del Satélite K-13, pero la «supervelocidad» les situaría encima del micromundo científico, en unos nueve segundos exactamente.

Todo estaba medido, calculado, los reactores nucleares de los aparatos, funcionando constantemente, para no perder ni un solo segundo en encenderlos. Sólo faltaba que el botón de despegue y el de aceleración hasta la «supervelocidad», fueran pulsados por las manos rígidas, tensas, de los impacientes pilotos.

Pero hasta este momento, absolutamente nada de cuanto sucedía en sus pantallas, indicaba la menor proximidad de la alarma. Todo era normal, desesperantemente normal, para aquel puñado de bravos pilotos espaciales.

—Tal vez no piquen, después de todo —se dijo roncamente Galo, sin apartar una sola décima de segundo los ojos del cuerpo esférico, metálico y mate, del Satélite Científico.

Transcurrieron más minutos. Uno, dos, tres... cinco... diez... y así hasta pasar un largo e interminable cuarto de hora, que jamás le pareció a Galo capaz de estirarse tanto, de hacerse infinitamente prolongado sobre sus nervios en tensión constante.

De súbito...

De súbito, ocurrió.

Galo parpadeó un instante, uno solo, para estar seguro de que lo que veía no era un espejismo, una alucinación, una deformación de la imagen en la pantalla o cosa parecida.

Pero no. No era nada, absolutamente nada de eso, sino la presencia de una hilera de cuerpos extraños en la pantalla, sobre el Satélite K-13, como auténticos buitres helados, metálicos, implacables, descendiendo de las capas altas del espacio exterior, a velocidad extraordinaria.

Galo se estremeció. No había esperado aquello. Porque las naves no eran diez, ni veinte siquiera. Lo menos eran medio centenar. Una enorme e impresionante flotilla, una poderosa línea de combate, lanzándose en picado sobre el K-13.

Sus dedos cayeron sobre los dos botones precisos. El despegue y la aceleración, fueron oprimidos en forma simultánea. El primero de ellos, a la vez, daba la alarma, por una interconexión, a todos los demás vehículos alineados tras él.

Arrancaron vertiginosamente todos los cohetes de la Policía Espacial. Con Galo Arrow a la cabeza, dirigiendo el avance impresionante, a una «supervelocidad» que llegaría a las diez mil millas por segundo.

La fulgurante e invisible línea formada por las naves terrestres, en vuelo directo, previamente calculado en sus menores detalles, hacia el Satélite K-13, se acercó a éste sin que ningún ojo humano, situado fuera de las naves, hubiese podido distinguirlos.

Arrow iba contando los segundos angustiosamente, dentro de su escafandra especial para «supervelocidades», dotada de contra acelerador y de depósitos especiales de aire comprimido:

—Tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho... ¡NUEVE!

Al segundo nueve, apretó de nuevo un botón, ahora con virulencia. Era el de la velocidad normal, con lo que la «supervelocidad» se quebró bruscamente, tal y como acordaron con el comandante Skade.

Al cambiar la velocidad, también cambiaron las imágenes. Todo aquello que la «supervelocidad» hacía invisible, cobró forma. Así, la flotilla de naves de la Policía Espacial se hizo visible.

Estaban sobrevolando el Satélite Científico K-13.

Y, ante ellos, en amenazadora e impresionante línea de combate, ya tenían, en un ataque en tromba, las incontables naves de material oscuro y forma cilíndrica, rematada en proa aguda, que describiera el sargento Rondyk.

¡Las naves piratas estaban ya ante los ojos helados, vengativos y duros de Galo Arrow, pero en una superioridad numérica mortalmente aplastante!

* * *

—¡Al ataque! —ordenó con voz seca Galo Arrow, por los micrófonos

de interconexión establecida con los demás navíos del espacio.

Eran solamente siete naves. Las primeras en llegar al teatro de operaciones. Algo había fallado, sin embargo, aparte el retraso de las demás unidades, en el plan previsto por el comandante Skade: el número del enemigo, realmente arrollador.

—¡No lo entiendo, Galo! —declaró el sargento Rondyk, por los auriculares—. ¡Parecen un Ejército entero en pie de guerra!

—Y tal vez lo sea, sargento —declaró fríamente Galo, tripulando su nave directamente hacia la flotilla—. Recuerdo que alguien dudaba del origen de esos supuestos piratas… ¡y empiezo a creer que no son terrestres!

Pero a pesar de lo alarmante y desalentador de tal idea, Galo siguió su marcha vertiginosa, hendiendo el vacío a velocidad formidable. Detrás suyo, conforme a lo proyectado, siguieron todos los demás.

La interminable hilera de naves adversarias se movía como sorprendida por la súbita aparición de los patrulleros del espacio, y también por su audacia al hacerles frente en forma abierta.

Galo decidió aprovecharse de ese momentáneo desconcierto enemigo. Movió los mandos con rápida y precisa mano. Su nave efectuó un brusco viraje, su proa se inclinó, apuntando hacia abajo, Y pareció que iba a lanzarse al vuelo rápido por debajo de los enemigos.

Sin embargo, después enmendó ese giro en plena marcha, con una celeridad ágil y matemática, sólo posible en un piloto superdotado, capaz de lograr las más extrañas y difíciles maniobras en un palmo de espacio.

Lo cierto es que su nave brincó, cambiando totalmente su rumbo, y lanzándose ahora como una flecha hacia el cenit, para luego, en décimas de segundo, y ya sobre la primera oleada enemiga, inclinarse de nuevo, con igual brusquedad que la empleada por un potro al saltar, para tener bajo sus cañones, justamente en su plano inferior, a tres naves piratas.

Su pie se adelantó, pisó el disparador automático de los cañones atómicos y de los lanza proyectiles térmicos. Una oleada de estrías rojas, anaranjadas y centelleantes, coincidieron en los cuerpos enemigos. Dos cilindros estallaron en mil pedazos, con un fragor espantoso, que registraron sus aparatos de sonido ultrasensible, a pesar de que la ausencia de aire no permitía la propagación de sonidos

en las capas espaciales.

Uno de los enemigos también maniobró, veloz, buscando la nave de Galo para lanzarle sólo Dios sabía qué mortífera arma. Galo ya lanzaba su aparato en un vuelo vertiginoso, en zigzag, que coincidió con el disparo enemigo.

Una estría llameante culminó en un chispazo azul, violento, que se abrió como una extraña, alucinante flor, en medio del espacio, con matices de un azul lívido, asombroso. Luego, esa chispa, en vez de caer formando pavesas ardientes, lo hizo en forma de algo blanco pastoso y lento, glacial a la vista.

¡Hielo azul, derramándose por el vacío, en un fabuloso estallido de chispas gélicas! ¡Esa era el arma del adversario!

Galo comprendió. Si una sola chispa de aquellas tocaba algún cuerpo en su camino, lo congelaría en décimas de segundo, por muy alta que fuese su temperatura. Rápido, avisó por los micrófonos:

—¡Atención todos, atención! ¡El enemigo utiliza cargas de hielo azul, que nos convertirán en estatuas de hielo por una eternidad, si llegaran a tocamos! ¡Manteneos apartados de cualquier contacto con sus disparos, o estaréis perdidos! ¡Esa fue el arma que aniquiló sin duda a Warrell y a los demás!

—¡Seguro, Galo! ¡Yo vi ese mismo fuego azul, cuando Warrell y los otros cayeron! —gritó el sargento Rondyk.

Arrow no respondió ahora. Había maniobrado con una celeridad sorprendente, evitando otro impacto de la peligrosa arma azul helada. Simultáneamente, en el cielo surgieron, como vomitados por el mismo negro espacio estelar, docenas de naves terrestres. ¡Las demás escuadrillas de la Tierra estaban ya allí, para combatir al enemigo común!

La alegría de Galo se vio ensombrecida por el súbito blanco hecho por los piratas. Y fue un doble blanco, porque al estallar dos grandes rosetones azules en la negrura infinita del Cosmos, sus chispas azules alcanzaron a dos naves de la Patrulla de Control, que súbitamente se cubrieron de una costra helada, vertiginosamente endurecida, solidificada hasta el punto de envolver incluso a los reactores atómicos, paralizando su marcha. Ello provocó una evidente convulsión interior en los centros nucleares en fusión, y las naves estallaron en pedazos, derrumbándose por el espacio, dispersándose en fragmentos que flotaron en aquella nada carente de aire,

dispersándose, alejándose por inercia en una eterna órbita a través del espacio, como diminutos aerolitos.

Galo cerró los ojos, horrorizado, mientras sus cañones disparaban incesantemente, vomitando fuego sobre las densas formaciones enemigas. Estas, advirtiendo el peligro de su aglomeración, cuando ya ardían varios de sus aparatos, empezaron a dispersarse para ofrecer menos blanco.

Arrow dirigió su nave ahora sobre la hilera de cuatro aparatos piratas, que pretendían la fuga. Todos los demás, en los que quizá hubiera ya más de veinte bajas, se debatían desesperadamente en un cerrado cerco de fuego, dirigido por los cañones de las patrullas terrestres.

De aquellos cuatro aparatos, la aguda mirada de Galo destacó en el acto a uno. Parecía igual a los demás, pero tan sólo en una muy superficial apariencia porque era algo más grande… ¡y poseía unas mirillas gigantescas, de las que sus demás compañeros carecían!

Acaso los ocupantes de las naves de aquellas utilizarían la televisión o el radar para guiarse a ciegas, sin miradores al exterior, como cualquier otra nave terrestre, pero, en cambio, la que era ligeramente más grande, tenía su proa dotada de unos circulares lentes o vidrios convexos para el observador externo, que atrajeron la mirada de Galo, a través de sus visores «superdistancia».

Eran unos visores de enorme alcance y de varios miles de «aumentos». Lo que vio por ellos le dejó atónito durante un instante.

¡La nave estaba tripulada por un solo ser! Y éste era de un intenso color verde, de piel escamosa como la de un reptil, ojos redondos, saltones y rojos, y grandes zarpas membranosas, iguales a las de un saurio terrestre.

Aquel extraño y alucinante ser, desconocido en la Tierra, vestía un raro, fantástico uniforme color oro azulado, y clavó sus malignos y crueles ojos de monstruo en la nave de Galo, mientras algo similar a una mueca feroz de triunfo, de glotona victoria, asomaba a lo que era una boca larga y delgada, como la de un lagarto.

En el mismo momento, de la negrura del espacio surgieron oleadas de nuevas naves piratas, incontables, acaso más de cien, todas ellas en perfecta formación, y lanzándose sobre los esforzados y escasos terrestres, como un alud incontenible y pavoroso, que acabaría forzosamente con ellos.

CAPÍTULO V

Subitamente, una sensación de horror, de derrota y desaliento, invadió a Galo, entre cuyas manos vaciló la nave a causa de la flojedad de sus miembros.

Aquellos seres de pesadilla, aquellos espantosos lagartos humanoides, procedentes sin duda de otro planeta, y a quienes ellos tomaron en principio por piratas, iban a aniquilarles, a destrozarlos sin remedio, y en esas condiciones ni unos titanes auténticos hubieran podido hacer nada por luchar.

El Satélite Científico, que sin duda presenciaba por sus grandes espejos visores la situación exterior, cada vez más angustiosa y desesperada para las heroicas fuerzas aéreas de la Tierra, abrió sus escotillas de lanzamiento, y varios proyectiles tripulados salieron en vertiginoso vuelo al espacio.

Pero escasas eran sus fuerzas, ante la magnitud de la batalla entablada. Galo se dijo que posiblemente no pasaran de la docena las nuevas naves aliadas que surgían a la palestra que iba a ser la de su más espantosa y trágica derrota.

Aquellos seres de un mundo extraño e ignorado, sin duda lograban descifrar sus mensajes, la lengua terrestre universal, captando sus ondas de radio. Ello demostraba palpablemente que, a pesar de su probada lentitud mental, ésta no estaba reñida con una enorme agudeza, con una parsimoniosa pero eficaz labor de cerebro, tras aquel repulsivo aspecto externo, escamoso y verde.

La nave mayor, como si realmente fuese una capitana, continuaba aislada de las demás, y rodeada por las otras tres, como barrera protectora para el ser monstruoso alojado tras los miradores cóncavos de la nave.

Galo, con ojos febriles y labios crispados, vio caer a su espalda, a varias unidades de su patrulla, alcanzadas por el temible fuego líquido que luego se transformaba en hielo mortal, al provocar la explosión de los reactores nucleares.

Luego, su mirada volvió a los visores de «superdistancia» clavando sus centelleantes pupilas en el abominable ser que dirigía la nave. Se juró que, aunque muriese, borraría su repulsiva sonrisa. Era lo último que podía hacer, e iba a hacerlo. Morir, después de aniquilar aquel viscoso ser llegado de sólo Dios sabía qué lejanos astros habitados e inteligentes, sería lo más consolador, dentro del caos, de la tremenda derrota sufrida por el plan del comandante Skade, que podía significar el principio de una aterradora invasión del planeta Tierra.

Sin vacilar ni un momento más, oprimió los pulsadores de velocidad y rumbo. Se lanzó como una flecha fabulosa sobre la formación adversaria. Los tres navíos defensivos se lanzaron, para cubrir al que sin duda era su jefe. Raudo, comenzó Galo a oprimir los pulsadores de sus armas, con una rapidez fulgurante, inaudita, con una rabia inhumana, que no conocía reposo ni cansancio.

Sus cañones nucleares, sus lanza proyectiles térmicos, e incluso su sistema de ametrallamiento perforador, entraron en acción. Y todo con asombrosos resultados.

Los ojos dilatados, fijos y terribles de Galo Arrow, presenciaron a través de sus visores y de sus miradores de proa, cómo saltaban en pedazos las naves adversarias, cómo una de ellas se convertía en una bola de fuego, estallando en miles de fragmentos, cómo otra, perforada por varios puntos, se inclinaba y caía, rotos sus mandos a no dudar, y cómo la tercera, que había logrado lanzar una carga helada muy por encima de Galo, se desintegraba, alcanzada por una carga atómica potentísima.

Galo no perdió tiempo en eludir, maniobrando como un diablo, la lluvia helada que podía aniquilarle antes de tiempo. Porque no le importaba ya morir, como un héroe más, sacrificado en aquella pugna infernal, sin posible victoria para la Tierra.

Pero antes, quería atacar a aquella nave de mando, a aquel espantoso ser verde, que ahora, al descubrirse totalmente inerme, sin defensas en torno, iniciaba una acelerada maniobra de fuga.

Galo adivinó su intención. No quería huir, alejarse, sino reunirse con las demás docenas de naves en formación, cubriéndose cobardemente con ellas para no ser alcanzado.

Acaso lo hubiera logrado ante otro piloto cualquiera, porque la nave extraña era sumamente veloz y rápida de movimientos. Pero Galo no le permitió la maniobra. Imprimió a su nave un fantástico y

escalofriante giro, luego la lanzó en un picado increíble, y salió justamente delante de la nave que volvía grupas, asomando ante su morro, dotado de visores. Y ahora tan cerca, que pudo ver al monstruoso ente que la ocupaba con total nitidez.

El reptil humanoide, al verle, abrió la boca, cloqueando algo que él no podía oír. Sus ojos escarlata y brillantes le miraron con auténtica ferocidad de animal voraz. Galo se estremeció, imaginando lo que sería su mundo, ocupado por seres como aquel.

Vio las membranosas manos, moviéndose frenéticas sobre los mandos. Sus dedos verdes, escamosos y largos, rematados en extrañas uñas, pulsaron varios resortes de socorro, porque Galo vio, en las pantallas de sus televisores, que más de diez naves arrancaban del núcleo distante, lanzándose veloces en auxilio del enemigo.

¡Tenía que destruirlo lo antes posible!

Dos rosas azules, heladas, se abrieron con estallido espeluznante no lejos de su nave. Galo las eludió, plantándose en un vuelo fantástico bajo el vientre oscuro de un gris plomizo, de la nave extranjera.

Allí, enderezó bruscamente el morro de su nave. Y oprimió los pulsadores con rabiosa furia.

Cientos de cargas barrieron la nave enemiga, mientras Galo, con otro giro inverosímil, saltaba por encima de la nave, alcanzada en varios puntos, y se enfrentaba otra vez a la proa de la misma. EI ser verdoso estaba frenéticamente desesperado, pugnando por hacer algo en los mandos, que despedían chispas azules, y soltaban descargas eléctricas, sin duda, a juzgar por sus espasmos y retrocesos.

El joven piloto afinó la puntería con odio mortal a su feo y repulsivo enemigo. Luego, lanzó una postrera andanada, ya con las demás naves muy cerca, en auxilio del acorralado, que sin duda era un alto dignatario, para merecer tales favores.

Estallaron en fragmentos los vidrios, tocados por una carga desintegrante y otra perforadora de cabeza nuclear. Dentro de la cabina, ocurrió en aquel momento algo horrible.

Los mandos estallaron en mil pedazos, con miríadas de chispas, que envolvieron al reptil humano, incendiando sus ropas. Este pugnó por apagarlas, bajo la mirada fría e implacable de Galo. Parecía que iba a lograrlo, a pesar de todo, y el terrestre quiso impedirlo con una nueva ráfaga atómica.

Ahora fue espeluznante. Porque el ser monstruoso estalló, disuelto en menudos fragmentos, y poco después era su nave la que, envuelta en un fuego cárdeno y fantasmal, se disgregaba por los cielos, hasta convertirse en simples pavesas.

Galo respiró satisfecho. Había logrado su objetivo.

Ahora podía morir tranquilo, arrollado por las naves enemigas, diez veces superiores en número a las terrestres.

Giró la nave, para encontrarse con las que venían en auxilio del abatido piloto extranjero. Apoyó las manos en los disparadores, con una trágica pero resuelta y alegre mueca, cara a cara con la muerte inevitable...

Y entonces...

Entonces presenció lo más asombroso. Lo realmente inesperado de aquella alucinante pugna sobre el cuerpo metálico del Satélite K-13, cátedra de la Ciencia Interplanetaria terrestre.

¡Todas las naves flotaban en el espacio, como si estuvieran sin rumbo y careciesen de piloto! ¡Ninguna se movía, atacaba... o intentaba siquiera defenderse!

Arrow parpadeó atónito. Un centenar de poderosas naves extranjeras se mantenía ahora en total inmovilidad, paradas en el vacío a merced del enemigo, sin resistencia.

Observó que la nave del sargento Rondyk y otras varias comenzaban a aniquilar a una tras de otra, con pasmosa facilidad, sin encontrar oposición alguna en la potente formación aérea enemiga.

Allí ocurría algo realmente extraño. Más aún, inconcebible.

—¡Alto! —ordenó por los micrófonos—. ¡No derriben más naves hasta que yo avise! ¡Voy a acercarme a explorarlas!

—Cuidado, Galo —avisó el sargento Rondyk—. ¡Pueden ser peligrosas!

—Sí, Galo —ahora era la voz de Adan Olak, por otra conexión, la que hablaba—. Suponte que todo es un truco de esos malditos piratas para cazarnos a su gusto...

—No eran piratas, Adam —replicó secamente Galo—. Eran seres de

otro planeta.

—¿Quéee? —aulló su interlocutor atónito—. ¿No bromeas, Galo?

—No, y bien lo sabe Dios, Adam. Era un reptil humanoide e inteligente, al que acabo de destruir, en lo que parecía una nave de mando. Respecto a lo que dices de destruirnos a su gusto, podrían hacerlo igualmente, sin tendernos una trampa. Nos doblan varias veces en número. Es otra la sospecha que yo tengo... ¡y quiero comprobarla!

Manteneos en vuelo circular, en torno a esas naves. Estad alerta y con las manos en los disparadores. Pero no los oprimáis, mientras yo no os avise. Voy a acercarme a ellos...

En medio de un silencio impresionante, y manteniéndose la inmovilidad absoluta de las naves enemigas, Galo Arrow se acercó a ellas, en tanto Rondyk, Adam y los demás mantenían el círculo alerta, amenazador, presto a abrir mortífero fuego al menor aviso de Galo.

Arrow pasó rozando las naves adversarias, contempló su aspecto de extraños animales de metal, flotando sin vida en un océano de vacío absoluto y negro. Finalmente, apoyó su propia nave en una de las enemigas, en un alarde de valor. Se posó lentamente encima de ella, a guisa de base o plataforma, con los motores parados.

Escuchó aplicando a la superficie metálica, de color plomo, el tubo de caucho flexible que, accionando desde el interior, aplicaba a la superficie de la nave enemiga una especie de ventosa auditiva, de poderosísima sensibilidad, capaz de captar los más sutiles ruidos interiores de un cuerpo. Este mecanismo de percusión era algo que todas las naves policiales de la Tierra poseían, para registrar la vida interior de cualquier vehículo o cuerpo del espacio, antes de atreverse a poner los pies en él.

De la investigación brotaba un resultado, positivo, a los ojos de Galo. Y, sobre todo, a sus agudizados oídos. Tras una larga y paciente escucha, cerró el dispositivo. No se oía absolutamente nada dentro de las naves. Tan sólo un ronroneo metálico, de un motor en marcha, pero singularmente débil y monocorde.

Aquella total paralización había coincidido con el fin del reptil, lagarto, o lo que fuese el ocupante de la nave capitana. Y ahora, descubría que no había ni el menor rastro de vida orgánica dentro de las naves. Experimentó igualmente en varios de los vehículos inmóviles.

La verdad se abrió paso en su mente. Con gesto reflexivo se apartó de las naves. Abrió el micrófono de comunicación con las demás. Y sin vacilar dio la orden tajante:

—¡Destruid todas esas naves, excepto una, que remolcaremos a la Tierra! ¡No hay nadie en ninguna de ellas!

—¡Pero, Galo! —estalló Adam Olak, desde su propia nave—. ¡Eso es imposible! ¡Hace un momento nos atacaban, luchaban como fieras!

—Cierto, Adam. Pero eso era, como tú dices, hace un momento. Cuando el ser a quien yo destruí, estaba vivo. Al morir él, han muerto todos.

—¡Eso no puede ser, Galo! —protestó ahora la voz del sargento Rondyk—. ¡En ninguna parte puede ocurrir una cosa así!

—Puede ocurrir... si las demás naves no llevan piloto, y son manejadas solamente por un mando único, que las controla desde una nave capitana. Ese era el caso actual, por asombroso que nos parezca. Recuerdo sus complicados mandos, recuerdo que pulsó muchos resortes, para llamar a las diez naves de auxilio. Cada botón de aquella nave destruida, era el control de una de estas otras. Y muerto su director absoluto, todas ellas se han paralizado. ¿Comprendes ahora lo sucedido?

—¡Cielos, sí! —masculló Adam Olak—. ¡Eres genial, Galo!

—Gracias por tu cumplido, amigo —rio Arrow burlonamente—. Ahora destruid todo eso. Pero dejaremos una nave para llevarla con nosotros a la Tierra. Eran invasores, atacantes de otros mundos lejanos. Es posible que tras este enorme fracaso no vuelvan a intentar nada. Pero si lo intentan, el estudio por nuestros técnicos y nuestros hombres de ciencia, de una cualquiera de sus naves, puede sernos muy útil para una defensa más eficaz.

—¿Más eficaz que ésta? ¡Lo dudo, Galo! —rio el sargento Rondyk—. ¡Yo te nombraría jefe de todas las Fuerzas Aéreas del Mundo!

—Tendré en cuenta ese deseo tuyo para cuando presente mi candidatura —Galo soltó la carcajada, y él mismo se lanzó sobre las naves inermes.

Comenzaba la destrucción de los paralizados elementos de combate llegados de otro mundo. Una vez más, la Tierra había triunfado en su supremacía de los espacios.

Pero Galo no podía ni siquiera imaginar lo que le esperaba a su regreso a la superficie del planeta.

* * *

—Ha sido un triunfo maravilloso de nuestras fuerzas, Galo. Pero, sobre todo, de su valor, decisión e inteligencia, muchacho.

El joven y bravo piloto del espacio, inclinó la cabeza, ante las palabras elogiosas del comandante Skade. Lo más elogioso para él era que el propio Ministro del Aire, general Wallah, de las Fuerzas Espaciales de la Tierra, estaba presente, con una amplia sonrisa, de gozo y de entusiasmo, llegado expresamente desde el edificio del Gobierno, en representación del mismísimo Presidente de los Estados Federales de la Tierra.

—Gracias, señor —declaró Galo Arrow, firme y con expresión de enérgica complacencia en su atractivo rostro—. Hice lo único que es tarea obligada de todos. Luchar con fe por la victoria, porque ésta significaba el triunfo de la Ley.

—Galo, su acto merece una recompensa —intervino ahora el propio general Wallah, dando un paso hacia él—. El Presidente me ha indicado que para el triunfador, no sólo audaz y hábil, sino inteligente y de rápidas ideas, que hoy da esta fecha de gozo a nuestro mundo, existe un galardón que usted bien se ha ganado hoy.

—Señor, el Presidente es demasiado benévolo al considerar que…

—No proteste, muchacho. No se puede ser modesto cuando se alcanzan objetivos así, en un duelo a muerte, sin la menor esperanza de salir con bien. El Presidente por conducto mío, tiene el honor de felicitarle, y de darle el nombramiento de Capitán de las Fuerzas Aéreas del Espacio, que está seguro regirá con igual valor y eficacia.

—¡Yo… capitán! Pero señor, es demasiado para…

—Le repito que no proteste… ¡capitán Arrow!

La mano del Ministro se alzó para hincar en el rojo uniforme de Galo, la insignia plateada, el águila imperial, con la Tierra entre sus garras, que era emblema de su nuevo grado.

El radioteléfono de conexión lejana, sobre la mesa del comandante Skade, estaba vibrando insistentemente. Este, algo irritado, lo tomó con mano firme, espetando con rudeza por el auricular:

—¡He advertido antes que no debía de ser molestado absolutamente por nada que no sea de máxima urgencia!

Se detuvo, sin duda forzado por las palabras que llegaban del otro extremo del hilo. Asintió, mientras su rostro se iba cubriendo de una creciente lividez, que hizo cambiar una mirada de asombro al general Wallah y a Galo Arrow.

—Sí… sí… —susurró roncamente—. ¿Estáis seguros de eso? ¡Dios mío, no puede ser! ¿Cómo ha sucedido?

De nuevo escuchó. Su faz parecía de puro yeso, grotescamente amasado. A Galo, le asustó su aspecto, y Wallah, con gesto sombrío, dominó como pudo su inquietud, hasta que Skade terminó la conferencia, y con un seco: «Llamaré en seguida, dando instrucciones», colgó el radioteléfono, volviéndose a sus interlocutores, lleno de estupor.

—Señores, era un radiotelefonema de la Prisión del Espacio… Igor Urko se ha escapado de la penitenciaria… llevándose consigo en un aerocohete, al profesor Wakky, a Lothar, al alcalde Groth… y al doctor Czanor.

—¡Dios mío, no…! —aulló el Ministro, general Wallah—. ¡No puede ser, comandante!

—Lo es, señor —el tono de Skade era violento, estremecido—. Y, lo que es peor… Urko, al huir, ha destrozado todas las demás naves de emergencia del Satélite Prisión, impidiendo su persecución. Así que nadie sabe dónde está, qué rumbo tomó, ni lo que está haciendo. Pero en el Satélite-Prisión aseguran que al huir con sus rehenes vivos se llevó consigo todo el material del doctor Czanor. Y eso, en manos de un criminal como Urko, puede significar el fin de todos nosotros.

Galo también sintió que había perdido el color de un modo súbito. Su piel aparecía sudorosa, helada, y le temblaban las piernas. Roncamente, indicó a Skade, señalando hacia la pantalla gigantesca del televisor instalado en la cámara del jefe aéreo:

—¡Señor, algo ocurre en el visor! ¡Está tratando de centrarse una imagen!

Todos volvieron hacia allí sus cabezas. Era cierto. En la fluorescente pantalla cristalina, unas formas extrañas oscilaban, haciendo aguas, pugnando por concretarse. Sin duda era una imagen emitida desde muy larga distancia.

Frenético, mientras el general Wallah aferraba el radioteléfono y comenzaba él mismo a transmitir febriles y apresuradas órdenes encaminadas a la captura de Igor Urko, pero guardando las debidas precauciones, para evitar que alguno de sus rehenes pudiera morir en la búsqueda, Skade se abalanzó al televisor y ayudó a la conexión, manejando los mandos con rapidez.

Entonces, la luz aumentó y la imagen se concretó con total nitidez, en la gigantesca pantalla que cubría todo un muro lateral del despacho.

Con un grito, Skade retrocedió. Wallah soltó el teléfono con una sorda imprecación, y Galo Arrow, rígido e impresionado, contempló la amenazadora faz siluetada en la pantalla.

¡Era Igor Urko!

—Hola, terrestres —habló la voz dura, helada, de Urko. Sus ojos, llenos de un extraño y alucinante fuego de odio, de ferocidad contenida y de virulencia, miraban directamente a los tres hombres, a través de la pantalla—. En estos momentos, todos los televisores de la Tierra me sincronizan, porque están en mi poder sus mandos totales, gracias a la ciencia del estúpido doctor Czanor, que es uno de mis rehenes... ¡Y yo os dirijo mi ultimátum!

Galo, Skade y el general Wallah se miraron entre sí, pálidos y estremecidos. Tras una leve pausa, Igor Urko, el asesino fugado de la Prisión-Satélite, habló con escalofriante dureza:

—¡Yo, Igor Urko, que juré vengarme de todos vosotros, terrestres malditos, os digo ahora que soy virtualmente vuestro amo! ¡Exijo de vuestro Gobierno, de vuestro Presidente, de todas vuestras autoridades, la entrega total del poder a mi persona! Y si no me entregáis ese poder en el plazo de cuarenta y ocho horas, os demostraré de lo que soy capaz. ¡Porque dentro de veinticuatro horas os ofreceré una muestra de mi poder terrible! Y si aun entonces no cedéis.... ¡Yo detendré la vida en todo el mundo! Ese es mi ultimátum, hombres de la Tierra... ¡Igor Urko tiene poder bastante para detener el mundo!

La imagen se borró en la pantalla, tras una risa demoníaca del asesino escapado. Todos se miraron entre sí, realmente atónitos. Galo fue el

primero en hablar:

—Ese hombre es un loco, un loco peligroso... pero no parecía hablar ahora de cosas imposibles...

—Galo, por Dios —intervino roncamente el general Wallah—. ¿Cómo va a poder él detener el mundo? ¡Es absurdo!

—No tan absurdo, general —opinó ahora el comandante Skade, con la faz convulsa—. Si tiene a un genio como Czanor en su poder, y a un científico de la talla de Wakky, sometidos ambos a su voluntad, puede hacer cualquier cosa. ¿O no sabe usted que Czanor estaba trabajando precisamente en un nuevo elemento termonuclear, capaz de detener todos los motores y sistemas atómicos sometidos a su acción... pero que últimamente se hallaba muy cerca de lograr la paralización total de todo ser viviente, a distancia, como sistema de defensa contra animales agresivos y otros posibles peligros en planetas por explorar, como Venus, Júpiter y Saturno?

—¡Dios mío! —murmuró Galo, con un escalofrío—. Eso confirma lo que yo le dije anteriormente, comandante. Poner a un hombre como Czanor, con sus poderosos inventos, tan cerca de una fiera como Urko era peligroso... ¡muy peligroso! Y ahora, empieza a confirmarse, de un modo mil veces peor del que pude imaginar...

CAPÍTULO VI

Los motores de toda la Tierra se pararon a la noche siguiente, cuando las flotillas de aeronaves, en inútil búsqueda del fugitivo de la Prisión-Satélite, regresaron a sus bases, en previsión de cualquier cataclismo.

Eran justamente veinticuatro las horas transcurridas desde que Igor Urko asomara su faz repulsiva y hosca en las pantallas televisoras.

Y los motores, las centrales atómicas, los sistemas de alumbrado, de aire artificial, de suspensión aérea sobre las ciudades terrestres, y mil otros medios de transporte y de vida, dejaron de funcionar de una forma precisa, automática.

Entraron en rápido funcionamiento equipos de emergencia, movidos

por pilas no atómicas ni eléctricas, los condensadores de reserva de luz y de energía solar, para suplir la mortal deficiencia provocada por la paralización absoluta de toda energía sobre la Tierra.

Sin embargo, los televisores de gran distancia continuaron funcionando perfectamente, al menos en lo que a luz se refería, si bien no captaban imagen alguna.

Hasta que, cinco minutos después de la total paralización sobre la faz terrestre, en todas las pantallas, abiertas por el anhelante público de todas las ciudades del mundo, surgió la misma temida y esperada imagen.

De nuevo Igor Urko. Más fiero, más rebelde y brutal que nunca, como si le atenazase algo de lo que pronto se iba a liberar, desencadenando su odio feroz e incisivo sobre la humanidad entera.

—¡Ciudadanos del Mundo! —gritó Urko, a través de las pantallas receptoras, agitando su rostro demoníaco en primer término—. ¡Miradme bien, estúpidos, y daos cuenta de mi poder! ¡Del poder terrible que voy a desencadenar sobre todos vosotros, aniquilando vuestro caduco sistema de gobierno y de vida, si no os sometéis a mi voluntad, que es la más poderosa! ¡Exigid a vuestros jefes y dirigentes la rendición total, al grande, al poderoso Urko... o la maldición más espantosa de todos los tiempos caerá sobre vosotros! ¡Os habéis esforzado en vano por buscarnos, habéis revuelto el cielo entero sin dar con nosotros! ¡Y nosotros nos burlamos de todos vosotros, y ahora os revelo dónde me hallo, sin que os sea posible venir en mi busca, porque vuestros aparatos no funcionan, porque vuestras naves, vuestra fuerza vital, han desaparecido, bajo el Rayo Paralizador que yo manejo a mi antojo! ¡Sí, enteraos de una vez, necios y torpes! ¡Mientras me buscabais por doquier, revolviendo el cielo entero en busca mía, yo estaba oculto ahí, precisamente en la propia Tierra! Pero no tengáis esperanzas de dar conmigo, porque ahora ocupo el Satélite Científico K-13. ¡Todos sus ocupantes han muerto o están en mi poder! ¡Soy el amo del Satélite Científico, que es el más poderoso, y también el que está más estratégicamente situado para dominar desde él toda la faz terrestre!

Hizo una pausa, tragando saliva. Debió desviar un poco el tomavistas televisor, porque ahora la imagen captó a tres personas ligadas, prisioneras al fondo de la cámara donde Urko solamente ocupaba un tercio de la pantalla.

Todos pudieron ver allí a Lothar, al doctor Wakky, al profesor Czanor,

ligados y amordazados, al fondo de la sala metálica, mirando a Urko con ojos dilatados por el terror y la inquietud. O acaso más allá de Urko, a las mismas pantallas, a la multitud que les contemplaba desde la Tierra, con una esperanza en sus ojos. La esperanza de ser libertados, y de que aquella pesadilla espantosa terminara de un modo u otro.

En su casa, Laila Wakky gritó, estremecida de angustia, al ver a su padre, reducido a la impotencia, con aquella patética expresión de dolor y de inutilidad, en poder del sádico monstruo.

Junto a ella, Galo Arrow, que la había visitado para tranquilizarla, después de la paralización total de motores y centrales de energía de todo el mundo, y también para evitarle pensar demasiado en su padre, cautivo de la fiera en libertad, la tomó por los hombros, la atrajo hacia sí, sin quitar la sombría mirada de la pantalla, y dijo:

—Por favor, Laila, no sufra. De todos modos, su padre estaba cautivo. Ahora, el único peligro estriba en la locura, en la vesania dominante y ególatra de ese criminal vengativo. Pero tenga fe. Todo se resolverá. Un hombre solo no puede vencer al mundo entero. ¡Ni siquiera Igor Urko nos vencerá, esté segura, Laila!

Enmudeció, porque tras la nueva pausa, Urko volvía a machacar en su ultimátum terrible, con acento colérico y violento, agitando su faz rabiosa ante la cámara:

—¡Ya veis a mis rehenes! ¡Hay otros, como los científicos que no se resistieron, a bordo de este satélite, o como el alcaide Groth! ¡Los demás han muerto... igual que moriréis todos, si no obligáis a vuestros jefes a rendirse! ¡Ya sólo os quedan veinte horas! ¡Mañana, de madrugada, antes de que amanezca de nuevo, la paralización total caerá sobre vosotros! ¡Yo detendré el mundo, y seré su amo total y absoluto! ¡Rendíos, es mejor! ¡Admitid que Igor Urko es vuestro supremo amo y señor, y nada os ocurrirá! ¡Pero resistid, aceptad la voluntad de vuestros tiranos de hoy, y será vuestra perdición, vuestra muerte, en una eterna noche de paralización y silencio! ¡Recordadlo! ¡Sólo contáis con veinte de las veinticuatro horas de que disponíais al paralizarse los motores y centrales de energía! ¡Veinte horas para vivir... o para morir, en el mundo que yo paralizaré!

Su risa larga, hueca y siniestra, resonó en todos los altavoces. Se borró la imagen del televisor, y volvió el silencio terrible, tan impresionante como los propios discursos estremecedores de Igor Urko, el monstruo humano en libertad, en cuyas manos se hallaba el máximo poder de

todos los tiempos. El Rayo Paralizador, creado por el doctor Czanor.

Claro que esto podía ser un colosal engaño, puesto que no existía la confirmación directa de que tal arma existiese. Czanor, prisionero y amordazado, no pudo negar o confirmar que hubiera hallado el rayo capaz de paralizar a distancia la vida orgánica. Pero nada existía tampoco que lo negase a ciencia cierta… y la amenaza continuaba latente sobre ellos.

Por otro lado, ya la energía, los motores y centros industriales de la Tierra, estaban dominados, detenidos por el nuevo poder, que de beneficioso para la Tierra, en casos defensivos contra un enemigo, fuese de otro mundo o del propio planeta, se había tornado de pronto en la más pavorosa y tremenda amenaza de todos los siglos.

¿Porqué, pues, no podía Urko mover aquella nueva pieza de su dominio total sobre la Tierra?

Galo no le hubiera imaginado nunca inteligencia bastante para llevar a cabo aquel audaz y espantoso golpe, pero los hechos hablaban por si solos. Urko, además de brutal y peligroso, se había destacado ahora como un ser inteligente, sutil y capaz de todas las sorpresas. En manos de un hombre así, el Rayo Paralizador era la total ruina para la humanidad.

—¡Dios mío, Galo…! —insensiblemente, Laila Wakky se dejó rodear por los firmes brazos de Arrow, tras la tempestuosa escena vista en la pantalla—. Mi padre… mi pobre padre, en manos de ese monstruo. Morirá. Sé que morirá… y ahora no servirá de nada cuanto hice por él, cuanto hemos intentado…

—No, Laila, no desfallezca. Debe seguir adelante, debe luchar todavía más, tratar de concluir con la obra de su padre. ¿Quién sabe lo que aún puede ocurrir?

—¿Qué ha de ocurrir, sino que ese hombre triunfe? ¿Cómo van a hacer nada contra él? Usted mismo, Galo, que aniquiló a los atacantes de otros planetas, está aquí ahora, cruzado de brazos, a pesar de que las horas se echan encima, de que nuestro tiempo se reduce más y más… ¿Por qué?

Galo Arrow inclinó la cabeza, abatido. No respondió, pero ella lo hizo por él.

—¿Quiere que se lo diga, Galo? ¡Porque no puede hacer nada! ¡Porque sus aparatos atómicos están paralizados, porque no pueden mover un

solo cohete, nave o vehículo del espacio, para buscar a ese hombre, en el Satélite K-13! Están atados de pies y manos, ligados a la Tierra, como pájaros sin alas… ¡a merced de Igor Urko y su amenaza!

—A pesar de todo, Laila… debe tener fe. Espere un milagro y siga adelante. No se sabe nunca cuáles pueden ser los designios de Dios. Tal vez en breve, Urko vuelva a caer en poder de la Justicia, y usted sea capaz entonces de luchar por la total libertad de su padre, prestando su propia prueba. Vamos, no se desanime…

—Sé que me alienta en vano, que usted mismo no cree en ello —suspiró Laila, mirándole fijamente al fondo de sus pupilas. Sonrió tristemente—. Pero lo haré. Seguiré adelante.

—Gracias a Dios. Es usted una chica maravillosa. ¿Hizo algo hasta ahora?

—Mucho. Todo ha resultado más fácil de lo que yo creía, con las notas de mi padre.

—¿Ha visto sus trabajos detenidos por la paralización total de la energía terrestre? Puedo traerle botellones de energía solar condensada, y…

—No, no. No lo necesito, Galo. Recuerde que trabajo con elementos no radioactivos y la paralización no ha afectado a mi laboratorio. El copratomium y sus derivados químicos no poseen energía radioactiva.

—Es cierto, lo había olvidado. Siga, pues, Laila.

—Y usted… ¿adónde va, Galo?

—Adonde puedo ser útil, a la menor señal de desfallecimiento por parte de Urko —sonrió Arrow—. Tengo que estar en la Base estas horas… aguardando a la madrugada. Confiando en Dios, en nosotros mismos, en la supervivencia del hombre y en el triunfo de la Justicia…

—Es usted admirable, Galo —musitó ella, con un brillo de leve esperanza en sus pupilas verdes y profundas—. Me da alientos, fe…, me hace confiar en algo, aunque no sepa en qué… Gracias por todo. Procuraré ser digna de su confianza. Hasta pronto… y que Dios le ayude…

Impulsivamente, se empinó sobre sus pies. El tiempo, las épocas pueden cambiar. Las civilizaciones transformarse, las generaciones superarse a sí mismas y llegar a lo más alto. Pero el amor, el contacto

entre hombre y mujer, resulta una de esas sublimes y hermosas cosas perennes, eternas, inmutables como el mismo devenir de las cosas y los seres.

Así, Laila besó los labios de Galo como cualquier mujer del pasado lo hubiera hecho. Y Galo puso en su beso la cálida respuesta que cualquier enamorado de todas las épocas hubiese dado a la mujer que le atraía profunda, intensa y sinceramente...

—Volveré, Laila... —susurró Galo, estremecido, apartándose de ella, sin quitarle la mirada de encima—. ¡Volveré a luchar por nuestro mundo, por nuestro amor, por tu padre... por ti y por mí, querida!

—Sí, Galo —susurró ella, emocionada, temblorosa—. Lucha... ¡Lucha, y vuelve, amor mío...!

* * *

Las horas transcurrieron rápidas. Demasiado, tal vez, para la angustiada humanidad que aguardaba, que sufría, que temía lo peor.

Así, la mitad del resto de aquel trágico plazo se cumplió, sin que nada hubiera cambiado, a pesar de la pugna de todos por revolverse contra la extraña, terrible paralización.

Y con diez horas de vida por delante, el mundo se enfrentó cara a cara con su sombrío e inevitable destino final...

CAPÍTULO VII

¿Qué hora tiene, señor?

—Las once y media, Galo. Nos quedan solamente siete horas. Al final de ese tiempo, todo habrá terminado.

Arrow no dijo nada. Acababa de regresar de su lento paseo por los senderos aéreos de la ciudad, por entre su paralizado tráfico y sus gentes inmovilizadas por el terror ante los altavoces que difundían la voz del Presidente, ansiosos de tener alguna esperanza tras los duros ultimátum de Urko por la televisión.

Había evocado, durante el regreso a las oficinas de la enloquecida base todos los extraños sucesos acaecidos hasta este momento crucial en la historia de la Humanidad, este instante cumbre, en el que la vida o la muerte del mundo se hallaba en manos de un maniático feroz, de un loco forajido, ávido de vengarse de lo que él mismo mereció por su delito, en todo el género humano, indefenso y vencido…

El comandante Skade, lívido y con los ojos rodeados de profundas ojeras, no dormía en los dos últimos días. Se mantenía de pie como todos, gracias a las píldoras contra la fatiga física y el sueño, y seguía allí, tras de su mesa, recibiendo llamadas por la conexión de emergencia de los teléfonos, cuya línea a distancia tampoco funcionaba, creando un total aislamiento entre los distintos mandos de la Tierra, que solamente podía favorecer a los planes ambiciosos y ególatras de Igor Urko.

Nadie pensaba en rendirse, en ceder a sus exigencias delirantes… pero, en el fondo, todos admitían que ése era el único camino. Que ésa sería la única decisión posible, cuando las siete horas que actualmente contaban hubiesen llegado a su fin.

Galo Arrow y Adam Olak estaban ahora con el comandante. Este después de notificarles la hora que era, hizo un profundo, vivo gesto de desaliento.

—No hay nada nuevo, muchachos —dijo roncamente—. Cada vez quedan menos esperanzas… Podéis volver a vuestras casas y esperar allí. Es posible que, faltando unos minutos, el Presidente se resuelva a rendirse. ¿Cómo vamos a luchar con un enemigo instalado y que, por añadidura, posee en sus manos la fuerza más poderosa de la Historia?

Galo contempló con estupor a Skade. No esperaba esa muestra de debilidad, de fracaso rotundo y admitido, en su jefe. Cambió con Olak una mirada de abatimiento. Luego, declaró con voz seca:

—Gracias, señor, pero permaneceremos aquí… hasta el final. Es posible que antes de cometer la locura de entregamos a un asesino en libertad, como dueño de nuestras personas y nuestros destinos, ocurra el milagro que todos esperamos.

—Y en el que, en el fondo ninguno confiamos —sonrió tristemente Skade. Meneó luego la cabeza con desaliento—. No, Galo. Es muy digna su actitud de mantenerse firmes en la brecha, en su puesto hasta el fin, pero no conduce a nada. Ustedes son nuestros mejores pilotos, la gloria de nuestra potencia espacial. Pero ¿encuentra algo más absurdo que contar con los mejores tripulantes de aeronaves y no poder mover del suelo esas aeronaves? Es grotesco, pero tristemente cierto, Galo. Disponemos de personas excepcionales, como ustedes, que de disponer de aparatos serían capaces de barrer el satélite con todo cuanto hay dentro, aun cuando ello significara sacrificar un puñado de vidas, para salvar al mundo. Pero esos aparatos son ahora pájaros abatidos, inmóviles. Al no servir ellos, no sirven ustedes.

Galo asintió. Sabía que ésa era la situación real, sin ambages ni rodeos. Skade sabía ser crudamente sincero en los momentos desesperados. Y esto lo era a todas luces. Quizás el más desesperado que jamás vivió el ser humano.

Nadie habló durante un buen rato. El reloj luminoso seguía avanzando. Implacable, solemne, hacia el final… Minuto a minuto, hora a hora…

Cuando Adam Olak y Galo salieron del despacho del comandante Skade, tras un saludo militar, había transcurrido una hora más. Eran las doce y media. Entraban ya en la madrugada póstuma de la humanidad. Skade ni siquiera les dijo adiós. Estaba abstraído, como sumido en un marasmo físico y moral que no podía vencer.

Ambos amigos se alejaron por las bandas metálicas, ahora inmóviles, que conducían a las gigantescas pistas de despegue, repletas de aerocohetes, inútiles como chatarra.

—Elegí un buen momento para incorporarme al Cuerpo del Espacio —rezongó irritadamente Adam Olak—. Esto sí que es debutar y darse por despedido, Galo. ¡Y de qué manera!

—No desesperes. Tal vez Igor Urko, el nuevo Presidente, te encuentre

apto para su servicio y te mantenga como piloto. Incluso es posible que te ascienda, no sé.

—Vuelve tu cinismo, Galo —Adam le miró con enfado—. Pero te advierto que no me gustan estas bromas. Imaginar a Igor Urko como dueño y señor de todos nosotros, me hace mucha menos gracia que quedarme paralizado para siempre. Espero que el Presidente piense igual y no se le ocurra rendirse a ese loco.

—Evidentemente, Adam, ese loco con quien nos las habemos es muy astuto. Demasiado para lo que yo hubiera podido creer de él viendo su aspecto físico, su gesto de no muy amplia inteligencia. Pero a veces el físico engaña, Adam. Es endemoniadamente listo, y conoce las flaquezas humanas demasiado bien. Está convencido de que la misma gente, las masas del mundo, obligarán al Presidente a ceder, a rendirse aun contra su propia voluntad.

—¿Estás seguro?

—Claro. Juega con la psicosis histérica del planeta. Las masas pesan mucho en momentos así. Su histerismo crece por instantes, tú mismo lo ves. Y eso que aún faltan seis horas para el momento decisivo. Cuando falten una o dos horas, el pánico será tan terrible, que se lanzarán a atacar el edificio presidencial, incluso estarán dispuestos a matar al Presidente, a matarnos a todos si nos oponemos a su rendición sin condiciones. Así es la gente, Adam, no debemos hacernos ilusiones.

—¡Dios mío…! ——Adam se pasó una mano trémula, nerviosa por la frente bañada en sudor—. Tal vez tengas razón… Pero eso sería horrible.

—Todo lo que sucede es horrible, Adam. Y lo peor está aún por llegar. El comandante tenía razón. Somos pájaros a los que han cortado las alas. Todo, hoy día, se rige en nuestro mundo por la energía termonuclear. Eso significa que el rayo paralizador que maneja Urko redujo todo a la nada al frenar su desintegración atómica, generadora de fuerza, o impulso vital.

Siguieron caminando por la enorme extensión desierta y silenciosa de las rampas y pistas espaciales se mantenían quietos por doquier, abandonados por sus mecánicos y pilotos como algo perfectamente inútil. Galo y Adam, en medio de tanta grandiosidad petrificada, parecían simples pigmeos, deambulando en un mundo de gigantes sin vida.

Una pantalla de televisión funcionaba en uno de los hangares, pero sin espectador alguno delante. Galo vio allí a Urko, dirigiendo su alocución de siempre. Sus palabras eran siempre tan iguales, tan poco variadas, que producía la impresión de un mal actor recitando un papel en exceso truculento.

—Debe ser su última advertencia antes de utilizar el arma —observó Adam Olak pensativo.

—Sí. Parece que le gusta exhibirse en la televisión —rezongó de mala gana el piloto.

Se alejaron del hangar por no contemplar más la faz aborrecida de Igor Urko. Adam preguntó, tras un silencio reflexivo:

—¿Cómo lograría escapar ese diablo de un sitio tan bien guardado como la Prisión Satélite?

—No lo sé. El propio alcaide Groth me lo mostró detenidamente y parecía un lugar inexpugnable desde el interior. Sobre todo Urko, que tanto clamaba por su venganza desde el día que se libertase. Yo les vi tomar precauciones enormes para que el convicto no escapara.

—Y sin embargo, escapó.

—Sí. Algo falló en el sistema penitenciario. Los guardianes que atendían el pabellón de Urko dicen que sintieron una extraña modorra y se adormecieron aun antes de poder reaccionar o dar la alarma. Sospecho que a Urko no se le registró a fondo, y en alguna parte de su cuerpo llevaba unas ampollas narcóticas de gran intensidad y acción rápida. Luego tan sólo sabemos que el doctor Czanor había sido destinado a un ala apartada del satélite, a donde logró llegar el fugitivo, ya que también los guardianes de aquel punto cayeron desvanecidos y nada recuerdan. Czanor había recibido, como auxiliar, al profesor Wakky, siguiendo el trato especial que Groth estaba dispuesto a conceder al padre de Laila. Ambos fueron raptados, su instrumental robado, y cuando los demás grupos de patrulla interior llegaron a las celdas descubrieron la desaparición de Urko, la inconsciencia de los guardianes y la desaparición de los sabios, descubrieron consternados que el fugitivo había destrozado también los mandos de los demás cohetes-patrulla, para evitar toda persecución, llevándose la mejor y más rápida nave celular, en la que también embarcó a Groth y a dos guardianes más de la prisión, entre ellos a Velda, el guardián de mayor confianza del alcaide, y encargado personalmente de la custodia de Igor Urko.

—Un golpe audaz, rápido y limpio —aprobó Adam—. ¿Y decías que no creías inteligente a Urko?

—He cambiado de opinión, la verdad —sonrió débilmente Galo.

Alzó su rubia cabeza, contemplando la negrura del cielo nocturno. Era una noche clara, limpia y serena. El centelleo de los astros lejanos parecía lleno del romanticismo, de la poesía hermosa y sublime que las gentes del pasado atribuyeron a las bellezas de la noche y de los cielos estrellados.

Pero, por desgracia, eso era simplemente un recuerdo melancólico. Ahora aquella radiante belleza celeste envolvía una tenebrosa amenaza, un terrible mal, suspendido sobre las cabezas de todos. Y nadie, ni el más optimista, vería poesía en los astros ni en su lejano, límpido parpadeo.

Entre aquellos mundos de luz, uno opaco, sin brillo, creado artificialmente por el hombre, guardaba en su interior la terrible arma aniquiladora de la vida humana, la fuerza que podría detener la existencia del mundo.

Se alejaron de las pistas de despegue, regresando lentamente a la ciudad, tan silenciosa e inmovilizada como todo lo demás. Tan sólo las luces de emergencia, a base de luz solar condensada, se mantenían iluminando los esbeltos edificios de la moderna Ciudad-Centro, orgullo de un mundo agonizante…

—¿Vas a alguna parte, Galo? —preguntó Adam, al observar que sus pasos tenían una dirección concreta, determinada.

—Sí… Tengo una cita. Y quiero cumplirla ahora, por si más tarde me es imposible. Puedes venir conmigo, Adam… No se trata de nada secreto ni oculto.

—¿Laila?

—Sí

—¿Es un simple idilio como todos los tuyos… o amor de verdad?

—Empezó como empezaron todas mis aventuras, Adam… pero ahora es amor. Amor sincero y profundo. Y ya ves. Ahora que lo encontré, he de perderlo. Eso me duele más que perder la vida, amigo mío…

—Entonces, Galo, evidentemente, es amor… —sonrió con triste ironía

Olak.

CAPÍTULO VIII

La casa permanecía en sombras, como todas las viviendas de la ciudad, ya que las escasas reservas de luz solar las utilizaba el Estado exclusivamente para alumbrar calles, autopistas y lugares estratégicos.

Galo pulsó el llamador. Al principio no acudió nadie. Repitió la llamada, y en esta ocasión sonaron pasos precipitados en el fondo de la casa. La voz de Laila le preguntó de lejos:

—¿Quién llama? No puedo abrir ahora a nadie…

—¡Laila, soy yo! —voceó Galo.

—¡Dios mío, Galo! ¡Eso es distinto! —los pasos sonaron con mayor premura y fuerza. Poco después, la puerta se deslizaba suavemente a un lado. Laila, hermosa pero pálida y despeinada, apareció en la plataforma exterior del bloque, alumbrada por las luces de la calle—. ¡Oh, Galo, entra, amor mío!

Vio a Adam, y le reconoció, con un gesto de instintiva antipatía. Galo, sonriente, la informó:

—Adam es un buen amigo. Lamenta tanto como yo lo que te ocurre, aunque trabaje en el Departamento de Justicia, te lo aseguro. Ahora es piloto, igual que yo.

Laila saludó a Adam, roto el hielo. Hizo entrar a ambos. Y, nada más cerrar la puerta, se encaró con Galo y, abriendo mucho los ojos, musitó:

—Galo… «¡Lo tengo!»

—¿Eh? —él la miró sin comprender—. ¿Qué es lo que tienes?

—¡El espejo! ¡EI «teleportador», Galo! La obra de mi padre está realizada ya… y… y… ¡creo que ahora no habrá fallos!

—¡Dios mío, no…! —Galo abrió enormemente los ojos también,

clavando su atónita mirada en la muchacha—. No me dirás que en estas pocas horas has…

—He trabajado mucho, sí. No he descansado un solo momento, Galo. Minuto a minuto, contra el reloj, he ido reagrupando piezas, ordenando cálculos y operaciones, y ahora el «teleportador» está listo. Lo he conseguido, Galo… a pesar de que no sirva ya para nada. Con él podré demostrar, si funciona, que mi padre es inocente de los cargos. Pero ¿qué resolveré si todos vamos a morir o ser esclavos muy pronto, lo mismo que él?

—Sí, la prueba decisiva llega un poco tarde, ciertamente. Laila, ¿podemos ver ese objeto? Me gustaría saber cómo es, cómo funciona esa maravillosa invención de tu padre…

Laila dijo:

—Ven conmigo. Usted también, Adam. Después de todo, tanto da ya mostrarlo o mantenerlo oculto en las actuales circunstancias…

Los tres marcharon por oscuros y silenciosos corredores. La casa, moderna y confortable, de los Wakky parecía ahora, sin luz ni sonidos, salvo los de sus propios pasos, un lugar tan deshabitado y muerto como el resto de la ciudad.

Las puertas del laboratorio estaban abiertas. Laila entró la primera, conduciendo a Galo y a Adam por entre las naves repletas de instrumental, mesas de ensayos y experimentos y aparatos electrónicos, inmovilizados por la parálisis mecánica del mundo.

Solamente al fondo un extraño elemento manteníase en singular fosforescencia cárdena, en torno a un círculo o tubo negro, que se ignoraba, aun viéndolo de cerca, si era una superficie lisa, negra y mate, o un orificio por el cual podría entrar alguien, desapareciendo a la vista, igual que en un habilidoso juego de magia. Poco después sabía Galo que era ambas cosas a la vez y ninguna en realidad.

Laila explicó, mostrándoles el aparato, de forma poliédrica, y cuyo interior emitía un leve, persistente zumbido:

—Es un poliedro metálico, refractario a todas las radiaciones, y cercado por la solución inframagnética del mineral «copratonium». Su centro o espejo, es la parte que absorbe al ser humano sometido a su luz, cuando éste se introduce a través de él, en el interior de la caja. Unos segundos bastan para efectuar la traslación de los átomos y moléculas, descompuestos por el aparato, y proyectados a la distancia

elegida.

—Por culpa de este aparato fue condenado su padre, señorita Wakky —le recordó Adam gravemente, contemplando el artefacto con curiosidad y temor—. ¿No teme que pueda repetirse el accidente?

—No. Esta vez estoy plenamente segura. El fallo de Frober al tomar las notas de mi padre fue funesto. Yo me he ajustado totalmente a los apuntes de mi padre y «sé» que así está bien.

—Es un gran invento, ciertamente, si todo va bien —confesó Adam—. Pero a fin de cuentas, ahora no sirve de mucho. Todo mecanismo está paralizado por el rayo de ese hombre, desde el Satélite K-13. Tampoco el «teleportador» funcionará.

Galo empezó a asentir, al mismo tiempo que Laila, volviéndose a Adam, replicaba

—Oh, no. El «teleportador» funciona de forma totalmente antirradiactiva. Así que puede funcionar, aunque todo esté sometido a la radioactividad negativa de ese rayo paralizador de Urko y...

—¡Un momento! —saltó vivamente Galo con la faz alterada. Volvió hacia ellos su mirada y ésta brillaba, excitadísima—. ¡Esperad, por favor! Es... es algo fantástico lo que estoy imaginando... Demasiado hermoso para ser posible...

—¡Galo! —exclamó Adam—. ¿Qué te ocurre?

—Sí, Galo... Pareces fuera de ti —musitó Laila, perpleja.

—Es eso... —señaló al aparato—. ¡Ese mecanismo, Laila! Tú... tú has dicho que es capaz de desintegrar a un ser humano, de trasladarlo, disuelto en átomos y moléculas, a través de cualquier distancia y cualquier espacio, hasta un lugar determinado, sea el que sea...

—Cierto, Galo. Tú sabes que en eso consiste el invento y que... —se detuvo de pronto, palideció, y clavó en Galo sus ojos atónitos, horrorizados—. ¡Oh, no! ¡No, Galo! ¡Ya veo lo que piensas... adivino lo que estás imaginando! ¡Y eso no!

—Sí, Laila. Eso tiene que ser. Es, tal vez, la obra de Dios que estábamos esperando... El milagro increíble, insospechado...

—Pero por mil diablos, Galo —estalló Adam—. ¿Queréis explicarme de qué se trata?

—Es eso, el aparato de mi padre —dijo roncamente Laila—. Galo quiere utilizarlo… para algo que yo imagino. ¿No es así, Galo?

—Sí, Laila. Si todos estamos inmovilizados forzosamente en la Tierra, tú nos ofreces ahora la única oportunidad posible de que uno de nosotros escape a esa inmovilidad… ¡y luche contra Urko en su propio terreno!

—¡Cielos, no! —Adam retrocedió, perdiendo el color—. ¿Se te ha ocurrido viajar a través del espacio? ¿Desintegrarte ahí dentro, como hizo Frober?

Galo asintió:

—Eso es.

—¡Pero es absurdo, suicida! ¡Puede ocurrirte lo mismo que a él! ¡Morir desintegrado, sin volverte a corporeizar en parte alguna!

—Laila ha dicho que ahora no hay fallo posible —sonrió Galo fríamente calmoso—. De modo que ese riesgo está excluido.

—¡No, Galo! —ella le aferró, implorante—. No hay nunca seguridad total… Cabe el fallo mecánico, la avería, el fracaso… No permitiré que vayas a ninguna parte con esto. ¡Antes lo destrozo!

E hizo acción de intentar tal cosa, alargando la mano hacia una barra metálica. Rápido, Galo se abalanzó sobre ella, aferró la barra metálica, tirándola lejos. Y sujetó a la desesperada Laila con ambas manos, aproximándola violentamente contra sí.

—¡Escucha, Laila, y lamento tener que ser tan duro contigo ahora! ¡Tienes que abrir los ojos a la realidad, a nuestra realidad hoy, y darte cuenta de que estamos irremisiblemente perdidos! ¡Por tanto, igual da morir de una forma que de otra, y alguien ha de intentar esto! ¡Yo me arriesgo a luchar, al menos con alguna probabilidad a favor, no aguardar estúpidamente a morir aquí, aniquilado por un rayo paralizador que llegará dentro de pocas horas! ¡Esta es nuestra única oportunidad y no podemos desaprovecharla!

Laila vaciló. Y entonces, Adam, que había fruncido el ceño, intervino gravemente:

—Galo tiene razón, señorita Wakky. Es preferible todo a esta espera angustiosa, sin esperanza. Estoy con él. Creo que se puede hacer. Casi tengo la corazonada de que esta vez el «teleportador» no va a fallar.

Confíe usted también, tenga fe y luche a nuestro lado. Galo, yo iré contigo. Entre dos, nos será posible hacer más que tú solo.

—Adam, no puedo arriesgarte a ti en una misión que no sabemos si…

—Tonterías, amigo mío —rio Adam—. ¡O vamos los dos, o ayudo a la señorita Wakky a hacer trizas ese aparatito tan ingenioso y tan oportuno!

Galo se encogió de hombros, dándose por vencido.

—Está bien —declaró—. Ante tal extorsión, he de ceder… Y tú, Laila, perdóname. Pero era necesario que te dieses cuenta, que comprendieras, de que lo que parece un terrible sacrificio es en realidad nuestro único medio de luchar ahora. ¿Sigues teniendo la misma confianza que antes en tu aparato trasladador de materia?

—Sí, Galo, pero…

—Pues no se hable más. Eso basta —y la cubrió la boca con sus labios, apasionadamente. Luego, la estrechó contra sí y musitó—: Volveremos… Y tal vez hayas sido tú el vehículo que Dios ha utilizado para demostrar a todos los hombres su infinito poder…

Sus ojos se clavaron obstinadamente en la enigmática e impresionante boca negra del «teleportador». La luz cárdena se reflejaba en su rostro, de forma espectral.

—¿Serás capaz de graduar eso, de forma que me traslade directamente al interior del Satélite K-13? Yo te daré las distancias, graduaciones y demás datos precisos.

—Sí, Galo. Si los datos son exactos, puedes ser trasladado allí. Tus átomos y moléculas, en un viaje por el espacio, a la velocidad de la luz, tardarán una fracción de tiempo insignificante, décimas de segundo tan sólo, se materializarán luego en el lugar elegido y nada se habrá alterado en ti. Pero si se fracasa de nuevo…

—No sigas —sonrió Arrow—. Sé lo que pasó a Frober, querida. Bien, estoy a punto. Adam, puesto que insistes en venir, hazlo. Vamos a emprender un viaje a través de la luz y del espacio hasta el Satélite Científico K-13. Si nos reunimos allí de nuevo, ¡hasta la vista!

—Y si no, Galo, adiós… —Adam le estrechó la mano con calor—. Sigo diciendo que merece la pena intentarlo. Todo antes que esperar la muerte.

—Ya lo has oído, Laila —oprimió su mano con ternura—. Adelante, amor mío… y ten confianza en Dios. Todo saldrá bien.

Ella, en silencio, asintió. Sus ojos fueron, temerosos, al artefacto poliédrico. Mentalmente rogó a la Providencia el éxito, la vida para Galo y su buen amigo.

Luego, Galo escribió rápidamente unos datos sobre un papel. Ella se encaminó a una de las caras del poliedro. Movió unas complicadas agujas, haciendo los cálculos precisos. Cuando terminó, alzó su pálido rostro, para musitar con un hilo de voz:

—Ya está, Galo. Todo a punto. Sólo falta que entréis en el «teleportador»… uno a uno.

—Yo delante, Adam —se apresuró Arrow a avanzar hacia el aparato prodigioso—. Recuerda que soy el capitán y llevo el mando de esta expedición.

—A la orden —declaró de mala gana Adam Olak—. Siempre has de salirte con la tuya, diablos…

Galo sonrió. Su última mirada fue para Laila. Ambos contuvieron su anhelo de estrecharse de nuevo el uno contra el otro. Con voz serena, Galo saludó, tras comprobar que llevaba consigo la pistola nuclear, inútil en la Tierra actualmente, y su cuchillo electrónico y todo lo demás que pudiera serle útil en la operación. Su despedida fue sencilla:

—¡Hasta pronto, Laila! ¡En marcha, piloto Olak!

Luego entró en el orificio circular negro. El espejo del «teleportador» le engulló. Laila, cerrando los ojos, oprimió un resorte. El zumbido creció en el aparato.

Y sin esperar a más, Adam penetró también en la negrura ignorada, tras de su amigo y camarada, Galo Arrow…

El «teleportador» siguió zumbando estridentemente, bajo la mano firme de Laila Wakky, por cuyas mejillas corrían gruesas lágrimas, mientras luchaba por mantenerse dueña de sí, serena en aquel trance decisivo…

CAPÍTULO IX

Para Galo Arrow, desapareció toda sensación física en el momento preciso de pulsar Laila el resorte.

Como un estallido dentro de su ser apacible y balsámico, quedó sumido en total inconsciencia. Pudo haber durado años, o no haber llegado a un segundo. Lo cierto es que de pronto se encontró en algún lugar.

Igual que si nada hubiera sucedido. De momento pensó que todo había fracasado. Luego… Adam Olak se materializó junto a él, como un centelleo rápido al reagruparse los átomos dispersos en un instante invisible para el más agudo ojo humano.

Se miraron ambos. Luego, estudiaron el lugar en que se hallaban, aún aturdidos, esperando ver ante ellos a Laila, lamentándose por el fracaso.

Pero Laila no estaba allí. Ni tampoco el «teleportador». Ni siquiera era aquello el laboratorio de la hija del profesor Wakky. Se encontraban en un largo corredor metálico, de muros curvados, de techo abovedado, con remaches metálicos también. El suelo era bruñido, oscuro y se reflejaron sus imágenes en él.

Galo solamente había estado una vez en aquel lugar, algún tiempo atrás. Pero lo reconoció en el acto. Susurró con voz apenas audible:

—¡Santo cielo, es esto! ¡Nos hallamos en el Satélite K-13!

—Sí —afirmó con voz ronca Adam—. El «teleportador» ha funcionado… Estamos en los dominios de Igor Urko… aunque parezca que no hemos dejado de pisar la Tierra.

Galo se tocó el uniforme para comprobar que nada le faltaba. Palpó la pistola, el cuchillo electrónico, todo lo demás, que formaba el equipo de un piloto del espacio, desde píldoras de vitaminas y de líquido comprimido, hasta ampollas de gas narcótico, cargas nucleares y diminutas lámparas de luz condensada.

Hasta el último átomo de sí mismo, de sus ropas y enseres, había viajado por las sombras del espacio, en décimas de segundo, para reagruparse fielmente en aquel alejado punto. Esta no sólo era la mejor prueba de que el profesor Wakky no fue culpable de la

negligencia de su infortunado auxiliar, sino que además era el único medio de viajar hasta la fortaleza del tirano que mantenía en intenso terror a la Tierra con su amenaza.

—¿Y ahora, Galo? —musitó Adam.

—Ahora ya estamos en la madriguera. Lo difícil empieza en este momento. Y corre de nuestra cuenta. Vamos, Adam… Hemos de localizar el sitio donde se halla Urko dirigiendo sus bravatas al planeta. Entonces emprenderemos la acción más conveniente. Pero si antes nos fuera posible libertar a los presos todo sería más fácil.

Se movieron por el largo corredor sigilosa, cautamente. Empuñaban sus armas, y mantenían los ojos muy abiertos, atentos al menor síntoma de proximidad de peligro.

Nada sucedió mientras se fueron aproximando más y más al fondo del corredor. De allí, partía una larga galería, bordeando unos enormes hornos atómicos centrales, protegidos por la transparencia amarilla de los supercristales metalizados. La galería estaba delimitada por una barandilla metálica, por la que se pudieron asomar a los hornos nucleares, auténtico corazón y arteria vital del Satélite K-13.

Galo rio, pensando lo que ocurriría si llegaba a disparar su pistola sobre ellos, derritiendo la capa refractaria y llegando a la energía en fusión. El Satélite se haría millones de fragmentos, con todo cuanto contenía.

Por encontrarse en aquella situación horas antes, hubiese dado toda su vida. Al menos, significaba sacrificio, pero también aniquilación del peligro que se cernía sobre el mundo.

Ahora era distinto. No quería hacer nada a la desesperada. Siempre había otras esperanzas, poseyendo un arma, y estando en el interior del cuerpo artificial planetario.

Procurando que las pisadas de sus blancas botas esponjosas percutiesen lo menos posible en el metal de la galería o baranda circular, ambos avanzaron pegados al muro. Finalmente se detuvieron ante una puerta metálica, recia y provista de un gran cerrojo automático. Sobre ella, la inscripción: «ACCESO AL CUERPO CENTRAL».

Se miraron. Aquel era, sin duda, el camino. Adam accionó la cerradura automática, con la llave maestra, propia para sistemas automáticos, que todo piloto-policía llevaba en prevención en su

bolsillo de herramientas.

La puerta se abrió, con un leve chirrido. Unos escalones metálicos, descendían hasta otro pasillo estrecho, de altos muros, todo ello en metal. Otra escalera, al fondo, se encaramaba hacia una galería con varias puertas.

La estructura interior del Satélite, recordaba en aquellos lugares a un antiguo submarino del siglo XX o a una edificación de seguridad subterránea, de la misma época.

Alcanzaron sin novedad la galería provista de varias puertas. El silencio, la soledad, continuaban dentro del Satélite.

De súbito, Galo señaló una puerta metálica, la más próxima a ellos, y susurró a Adam escuetamente:

—¡Deprisa, adentro! ¡Viene alguien!

Adam aguzó el oído. Era cierto. Se percibían pasos, no muy distantes, a sus espaldas. Rápidos, accionaron el pestillo de la puerta inmediata. Se colaron dentro de una cámara y cerraron tras de sí, pegándose a la hoja metálica de la puerta, conteniendo el aliento.

Escucharon unos segundos. Los pasos no se percibían ya. Adam musitó:

—Parece que se alejan…

Y en ese momento, Galo giró bruscamente sobre sí mismo, desentendiéndose de todo ruido exterior, para volver sus ojos atónitos a la cámara en que se hallaban. Vivamente, oprimió el brazo de Adam y susurró:

—¡Eh, mira eso! ¿Estás viendo lo mismo que yo?

Adam siguió la dirección de la mirada de Galo Arrow. Estuvo a punto de lanzar una imprecación de asombro. Pero se contuvo, por un elemental sentido de prudencia.

Tendido en un camastro, profundamente dormido, de cara al muro metálico, había un hombre de negro uniforme, conocido de Galo. Identificó su figura joven y atlética, su cabello castaño revuelto y la gorra con el emblema de la Prisión del Espacio, arrojada en tierra descuidadamente.

—¡Alcaide Groth! —exclamó Galo, gratamente sorprendido—. ¡Es él… y no le tienen atado ni amordazado!

—Después de todo, ¿para qué iban a hacerlo? Posiblemente todo esto se halla vigilado por Igor Urko, o lleno de trampas mortales que nosotros hemos salvado milagrosamente.

Galo se inclinó sobre el alcaide cautivo y le zarandeó con viveza.

—¡Eh, Groth! —avisó—. ¡Escúcheme! ¡Soy yo, Galo Arrow! ¡Tiene que despertar!

—¿Eh? ¿Quién…? —empezó Groth, amodorrado. Abrió los ojos, somnolientos. Al ver a Galo, los dilató desmesuradamente, y de un brinco se puso en pie sobre el camastro, lanzando una imprecación de vivísimo estupor—. ¡Diablo, usted! ¿De dónde sale?

—Silencio, Groth, ¡por Dios! —suplicó Galo, haciendo un gesto vivaz —. Adam Olak y yo hemos llegado al Satélite K-13. Pero lo cierto es que no esperaba encontrarle sin ligaduras. ¿Y los demás presos, dónde están?

—¿Se refiere a los cautivos de Igor Urko? —Groth hizo un gesto de desaliento. Se había despejado completamente, aunque todavía les contemplaba a ambos con enorme sorpresa—. Todos están como yo, sin ligaduras ni mordaza. En realidad, no las necesitamos. Nos tiene aislados a unos de otros. Lothar se ha pasado a su bando, y le ayuda, vigilando todos los corredores muy estrechamente. Uno de mis celadores, también se ha unido a Urko, cegado por sus promesas, y queriendo huir de la muerte. Es humano, aunque si salimos de ésta, irá al Presidio en forma muy distinta a la que estaba, el muy perro cobarde…

—¿Quién es ese traidor? ¿Velda otra vez?

—¿Velda? Oh, no. Ese me es leal a mí, y lo es con la Justicia. Se trata de Takk, el otro guardián. Velda, Wakky, el doctor Czanor, en mal hora llevado a la Fortaleza Negra, y yo mismo, somos los sometidos al poder de Urko. Está como loco, y es peligrosísimo, Galo… Pero, dígame, ¿cómo diablos han podido llegar ustedes al Satélite K-13? Creo que todo está paralizado allá abajo… y dentro de pocas horas, paralizará lo demás… incluso la vida de los humanos.

—¿De modo que era cierto? ¿Posee ese Rayo Paralizador tan terrible?

—Sí. Un delicioso invento del doctor Czanor. En manos de ese

monstruo es un horror para nuestro planeta, Galo. Pero aún no me ha dicho cómo llegaron aquí usted y su amigo…

—Si se lo contara, no lo creería. De modo que lo dejaremos para más tarde, cuando haya tiempo para ello. Ahora, urge dominar a Urko, apoderarse de ese rayo e inutilizarlo, le guste a Czanor o no.

—Eso será difícil de lograr, Galo. Urko no se fía de nada ni de nadie, vigila entorno suyo sin cansarse, sin dormir. Me produce el efecto de una bestia inteligente y cruel, siempre avizor, siempre en guardia.

—A pesar de todo, ha de intentarse, Groth. Para eso estamos aquí, y armados. Usted debe de llevar también un arma, Groth. Tome mi pistola secundaria de luz térmica. Yo utilizaré la de energía nuclear. Supongo que aquí funcionará.

—Sí, en el Satélite funciona todo —asintió el alcaide de la Penitenciaría del Espacio—. A Urko le conviene que así sea para tenernos dominados a todos.

—¿Podría guiarnos a donde tiene prisioneros a los demás, Groth? —interrogó Galo.

—Es difícil. Ni siquiera sé dónde podrá tenerlos metidos. En cambio, sé dónde está Urko, y también cómo llegar hasta allí. Estando armados, es posible que logremos sorprenderle y reducirle.

—¿Tiene a alguien consigo? —se interesó Adam.

Groth exclamó:

—No. Necesita a Lothar y a Takk como guardianes nuestros. Él se mantiene solo, junto al Rayo Paralizador.

—¡Magnífico! —los ojos de Galo brillaron—. Hemos de intentar eso, Groth. Ocurra lo que ocurra. Esta es una partida a vida o muerte. No se puede perder ya más tiempo…

—Está bien —asintió Groth, con un brillo jubiloso en sus ojos inteligentes—. ¡Vamos allá, muchachos! Nos jugaremos el todo por el todo. Creo que merece la pena, ciertamente. Hace unos momentos, no tenía la menor esperanza. Ahora, creo que las cosas pueden cambiar mucho. ¿Supone que pueden venir más refuerzos, del mismo modo que llegaron ustedes?

—No, no lo creo. Tendremos que arreglárnoslas solos, Groth. No

espero más ayuda.

—No importa. De todos modos, lo haremos —sonrió el joven alcaide —. Ya lo verán...

Les impuso silencio con un gesto. Luego, se acercaron a la puerta, y escucharon. No se percibía el menor ruido en el exterior. Groth abrió poco a poco la hoja metálica. Salieron al pasillo, tras un cauteloso otear a un lado y otro. Todo seguía desierto.

—Por aquí —susurró Groth, señalando hacia una puerta inmediata—. Y mucha cautela, por amor de Dios...

Galo y Adam asintieron, siguiendo los pasos de Groth. Aquella puerta comunicaba con un corto y silencioso corredor, cuyo final había una sola puerta. Groth la señaló gravemente:

—Ahí dentro está Urko —indicó, hablando a flor de labios—. Y también el control de los dos Rayos Paralizadores... No se separa de ellos un solo momento.

—Como un niño con su juguete nuevo, ¿eh? —rezongó abruptamente Galo——. Está bien, le sorprenderemos en su propia madriguera. Y que gane quien sea.

Groth asintió, aprobando tácitamente su audaz proyecto de vida o muerte. A fin de cuentas, no parecían tener muchas probabilidades a su favor. Avanzaron hacia la puerta decisiva. Galo sentía sus nervios tensos, vibrantes, pensando en lo que iba a suceder en los momentos inmediatos.

La suerte de ellos, la del mundo entero —y Laila estaba en ese mundo, no podía olvidarlo—, pendían de un hilo sutil. En su mano estaba afianzar ese hilo... o quebrarlo definitivamente, sin remedio.

Se pararon ante la puerta. Groth habló con voz ronca, sin poder contener su emoción:

—Está a la derecha, justamente a diez pasos del umbral, al entrar. Así, todo será más preciso. Déjenme pasar a mí delante, no arriesguen ustedes sus vidas...

—No —atajó Galo—. Ya arriesgó usted bastante la vida hasta hoy. Iremos nosotros. Usted puede cubrirnos las espaldas.

Groth se encogió de hombros, aceptando aquella misión. Galo contó

en un murmullo:

—Una... dos... ¡y tres!

Rápido, estiró la mano, abrió la puerta de un violento tirón, y penetró como un alud en la cámara inmediata. Adam tras de él. Sus armas enfilaron a la derecha. Una luz roja, fantasmal, les inundó en aquella estancia.

No llegaron a disparar siquiera. Algo les dejó asombrados en principio. ¡A la derecha, solamente se descubría algo parecido a una cámara tomavistas de televisión!

Al lado opuesto, en un rincón, bañados en aquella fantástica luz roja, vieron las formas de varios hombres ligados y amordazados en tierra. Galo, con una exclamación de infinito asombro, los reconoció a todos.

¡El profesor Wakky, el doctor Czanor, Lothar... y EL PROPIO IGOR URKO, tan ligado y amordazado como todos los demás!

Adam y él permanecieron un segundo atónitos, sin reaccionar. Después, una risa sibilante, burlona, sonó tras de ellos. ¡Y la puerta de la cámara se cerró de golpe!

Ambos se volvieron en redondo, pero era tarde. La puerta estaba cerrada y ajustada. Resistió a sus embates. Estaban encerrados, prisioneros. Galo alzó su pistola, para disparar sobre la puerta una carga nuclear. Apretó el gatillo.

Pero nada sucedió. Lo mismo que en la Tierra, sus armas resultaban completamente inútiles. Otro intento de Adam, igualmente negativo, así lo confirmó.

Por el muro, a través de un altavoz invisible, llegó ahora de nuevo la misma risa siniestra que sonara tras de ellos al cerrarse la puerta. Y una voz conocida les avisó:

—Es inútil, amigos. Sus armas, dentro de esa cámara, resultan inútiles. Están sometidas también a la acción del Rayo Paralizador. Ahora ya saben la verdad, el misterio que no esperaban encontrarse aquí, ¿no es cierto? Igor Urko fue siempre un prisionero más... Y yo, ¡YO!, era quien le dictaba sus frases, quien le enseñaba a interpretar su papel para las pantallas de la Tierra... ¡YO SERE QUIEN DETENDRA EL MUNDO!

El que hablaba era el mismo que les cerró la puerta. El mismo que les

metió en la ratonera, el mismo que ellos jamás relacionaron con aquel horror:

¡GROTH, EL ALCAIDE!

CAPÍTULO X

Las ligaduras de los presos eran metálicas y magnéticas, por lo que resultaba imposible desprenderlas, sin un mecanismo apropiado. En cambio, sí lograron quitar las mordazas a los cuatro presos.

Igor Urko se lanzó en seguida a proferir imprecaciones, insultos y vituperios a sus captores y al papel que le estaban obligando a interpretar, bajo la amenaza de las armas.

Galo y Adam, repuestos de la primera y aplastante sorpresa que les había causado la traición de Groth, habían entrado en un periodo de resignación ante su fracaso. Apenas si cambiaban una mirada, avergonzados por su torpeza y al no desconfiar de la extraña versión que Groth diera al hecho de hallarse en libertad y en una cámara totalmente desprovista de vigilancia.

Había sido una argucia.

Ahora, todo se veía claro. Pero hasta entonces, habían estado ciegos. El profesor Wakky fue quien les refirió lo sucedido:

—Urko es solamente un ser violento y rudo. Pero no es un asesino feroz, ni tampoco un monstruo, como se ha pretendido. Su crimen es cierto, pero mató por una antigua venganza, y nada más. Jamás soñó con verse realmente libre, y mucho menos hubiera tenido inteligencia ni medios para una fuga tan asombrosa y particular.

»En realidad, era Groth, quien venía planeando esto durante mucho tiempo, según nos ha dicho. Sus planes eran otros, naturalmente. Pero al disponer del doctor Czanor y su gran invento, y contar con un hombre de paja, como Igor Urko, para mantenerse él en la sombra, por si todo fracasaba, se resolvió. ¿Quién iba a poseer ampollas narcóticas para adormecer a los guardianes de la Prisión? ¿Quién iba a tener la posibilidad de destruir los mandos de los demás aparatos,

apoderarse de la nave dispuesta para la supuesta fuga, llevarnos a nosotros consigo, y a sus dos leales celadores, Velda y Takk, aliados suyos en el juego, y también apoderarse con toda facilidad del aparato de rayos paralizadores, adormeciendo a sus guardianes? Todo lo hizo el alcaide, un ambicioso ególatra y terrible, que ansía dominar el mundo, ser fabulosamente rico y poseer el poder máximo de la Tierra.

—Pues está a punto de lograrlo —susurró Adam, irritado.

—Siempre me extrañó el afán que parecía tener Urko por salir en la televisión a pronunciar enfáticos discursos sin sentido, repitiéndose siempre en mil cosas. Primero pensé que todo era para crear la psicosis necesaria para una rendición sin condiciones. Luego, sin saber por qué, pensé en un actor interpretando un papel ante la cámara. Y eso era cierto. Sólo que ninguno pudimos imaginar que el temible, el aborrecido Igor Urko, quien se nos aparecía como un tirano peligroso y cruel, no fuese sino un infortunado prisionero haciendo a la fuerza el juego al auténtico cerebro de esta colosal conspiración contra el mundo, que le dictaba las frases, a punta de pistola. Cierto que nunca vimos a Groth prisionero, por las pantallas. Pero en esos momentos de pánico y de histerismo, nadie paró mientes en ello. Tampoco se paró nadie a pensar en que Urko no tenía inteligencia para tanto.

—Tú sí lo dijiste, Galo —apuntó Adam—. Yo lo recuerdo bien.

—Sí, pero la idea pasó fugazmente por mí. La escenografía estaba tan bien preparada, que lo más sencillo se nos pasaba por alto siempre.

—¡Ese cerdo, ese maldito rufián! —aullaba Igor Urko, el «temible» enemigo de la Tierra, impotente entre sus ligaduras metálicas—. ¡Si alguna vez me veo libre, lo destrozaré con mis propias manos! ¡Le haré añicos, lo juro…!

—No pierda energías, Urko —sonrió tristemente Galo—. Bastante mal ha causado ya su pretendida ferocidad. Groth se valió de ella para sus fines. Vale más que calle, y trate de guardar sus fuerzas por si esa ansiada libertad llega. Le prometo que si eso es así, usted no se pudrirá en la Prisión del Espacio, como tampoco Lothar o Wakky. Merecen más, mucho más, por su lealtad y rectitud, al no aliarse a Groth para obtener la libertad y el favor del tirano.

—Nos lo propuso a todos muchas veces —silabeó Wakky—. ¿No es cierto, doctor Czanor?

—Y bien cierto —asintió el científico—. Si esto terminase bien, yo sería el primero en abogar por ellos. Son tres hombres firmes y

enteros, que se portaron honradamente como yo mismo.

Galo miró a su alrededor. La cámara cuadrangular estaba desnuda de objetos, salvo el tomavistas televisor de gran distancia, y las ligaduras metálicas, surgiendo del muro opuesto.

—¿Siempre han estado aquí metidos? —preguntó Galo.

—Siempre. Aquí vienen él y sus esbirros, cuando han de preparar otra charla televisada.

—No faltará mucho para otra charla más —suspiró Galo—. El tiempo vuela… y se acerca el final del plazo concedido en su ultimátum. ¿Es cierto que puede paralizar la vida en el mundo?

—Bien cierto —admitió el doctor Czanor, abatido—. Tiene los dos mandos de mis rayos paralizadores. Igual que redujo al silencio todo motor central de energía, lo hará con el ser humano y todo bicho viviente. Tiene la fuerza en sus manos, y sospecho que en cuanto paralice la Ciudad-Centro, como proyecta en primer lugar, el resto del mundo se rendirá incondicionalmente a él, y se convertirá en el amo de todo.

—¿Cómo llegaron ustedes aquí, a todo esto? —preguntó ahora el profesor Wakky, intrigado—. Es imposible que reactor alguno sea capaz de despegar de…

—Me ha traído el «teleportador» —sonrió Galo, risueño.

—¿El… qué? —aulló el profesor—. ¿Bromea, verdad?

—No, profesor —apoyó Adam Olak—. Galo y yo utilizamos su invención, profesor. Usted no fue culpable de lo de Frober. Su hija descubrió un error en las notas de su ayudante. Un error vital. Rehízo el aparato. Y nosotros lo experimentamos, llegando aquí sin novedad.

—¡Dios sea loado! —el profesor inclinó la cabeza. Tenía los ojos húmedos—. Entonces, ya estoy en paz con mi conciencia. No tuve la culpa… Y ustedes dicen… ¿dicen que han visto a mi hija?

—Sí, profesor. Está bien —dijo Galo, con acento cordial—. Y llena de esperanzas por poder demostrar ahora su inocencia, sin lugar a dudas.

—Es una hija maravillosa —de sus pupilas, rodaron dos gotas brillantes por las mejillas curtidas—. Dios la bendiga por tanta noticia maravillosa, y a ustedes, amigos míos…

Galo aceptó con una sonrisa su gratitud. Luego, tras una reflexión prolongada, preguntó:

—¿Ellos tienen armas que pueden utilizar en esta cámara, pese al Rayo Paralizador?

—Sí —asintió el profesor—. Tienen armas neutralizadas… Las únicas en el Satélite K-13. Dominan la situación en todos los sentidos. No piense ninguna locura. Además, ahora mismo nos están escuchando. Esta cámara tiene micrófonos y altavoces, porque desde ella se dirigían al mundo los científicos, cuando era Satélite Científico.

—Una prudente advertencia, profesor Wakky —rio la voz de Groth, metálica y burlona, brotando por invisibles altavoces—. Ya lo sabe, ahora, Galo. No puede hacer absolutamente nada contra mí. Ni siquiera planear alguna tontería, porque yo me enteraré de ella. Le aconsejo que acepte su derrota. Ha perdido la partida, amigo…

—Vendrán muchos otros en el «teleportador» —dijo fríamente Galo—. Invadirán este satélite, sin enterarse usted, y…

Le cortó una fría carcajada.

—No fantasee, amigo mío. Cuando usted estaba convencido de que yo era realmente un camarada suyo, me reveló la verdad. Nadie más vendrá. A ustedes les darán por desaparecidos. En mi ultimátum no les citaré para nada. Es decir, el buen amigo Urko, será quien hable. Y, naturalmente, no dirá nada de ustedes. Nadie se preocupará, por tanto, de seguirles…

Soltó una nueva carcajada de escalofriante crueldad. Luego, reinó el silencio en la cámara donde se hallaban, como nuevos prisioneros, Galo y Adam. No era una forma triunfal de acabar su heroica aventura. Pero al parecer, Groth tenía todos los triunfos en sus manos.

Resultaba inútil luchar.

* * *

Galo se enjugó el sudor. Estaba lívido, desencajado. Clavó los ojos inyectados en sangre, en la esfera de su reloj.

Faltaban justamente diez minutos para la hora decisiva. Se agotaba el plazo del ultimátum concedido por Groth a la Tierra, en los labios de Igor Urko, su máscara viviente ante el mundo entero.

¿Qué iba a suceder ahora?

Cambió una mirada con Adam, tan febril y nervioso como él. Los cuatro prisioneros, intuyendo también la proximidad de la tragedia, permanecían en un hosco y dramático silencio.

De súbito, ese silencio se quebró. Abrióse con un chirrido la puerta de la cámara. Bruscamente, sin dar tiempo a Galo o a Adam, que estaban libres de ataduras, a intentar algo desesperado.

Velda y Takk, los dos celadores, aún con sus uniformes de guardianes de la Prisión del Espacio, asomaron, cubriendo el hueco. Empuñaban dos extraños fusiles desintegrantes, provistos de un cilindro protector, neutralizador del Rayo Paralizante. Ellos podían disparar, pero no él ni Adam, cuyas armas reposaban en el suelo metálico, totalmente inútiles.

—A la pared del fondo, y con los brazos sobre la cabeza —ordenó fríamente Velda—. ¡Vamos, háganlo los dos o dispararemos en el acto! ¡Muertos, nos estorbarían menos que con vida!

Galo obedeció lentamente. También Adam Olak. Se acercaron a la pared señalada, mientras Velda, con paso firme, cruzaba la cámara y se situaba ante él y Adam, dominándoles con su arma.

Entre tanto, Takk, el segundo guardián, se inclinó sobre los demás presos, amordazándoles concienzudamente. Tan sólo Igor Urko fue despojado de ligaduras, y conducido a empellones ante la cámara tomavistas, que debía de estar cerrada aún. Sus protestas fueron reducidas a silencio por Takk, con un par de violentos culatazos de su arma en el vientre del recluso.

Galo se dijo que resultaba asombroso pensar que ahora lo compadecía vivamente, cuando tanto llegó a aborrecerle en la Tierra, al imaginario como Groth quería que lo imaginasen todos.

El pobre Urko se situó dócilmente ante la cámara. Entonces entró Groth, armado con una pistola también neutralizada. Traía una pizarra con algo escrito en letras grandes. La fijó sobre el objetivo de la cámara. Así podría ir leyendo Urko el texto, dando la impresión de que era él quien hablaba. Galo presenció cómo Urko ensayaba el mensaje, leyéndolo varias veces. Cada vez que lo hacía de mala gana,

o cometía un error, Takk le golpeaba en el vientre o en el costado, brutalmente. Groth sonreía y le animaba:

—Vamos, Urko. Cuanto más te esmeres, mejor te trataremos, no seas tonto.

Galo Arrow sentía náuseas de tanta cobardía y ferocidad. Como era de suponer, el texto era el discurso final. Cinco minutos después, el Rayo Paralizador, caería sobre la Tierra.

—Preparad la cámara —avisó Groth, terminado el último ensayo. Situó cuidadosamente a Takk, de forma que su fusil se clavara en el costado de Urko, sin ser visible para el objetivo. Él se situó aparte, apuntando a la cabeza de Urko—. ¡Adelante!

Y Velda arrinconó a Adam y a Galo, con su fusil presto a barrerles.

Takk hizo un gesto, al pulsar un resorte del objetivo. Comenzó a funcionar la transmisión de imagen a la Tierra. Groth hizo un gesto a Urko, para que éste empezase.

—¡Ciudadanos de la Tierra! —gritó Igor Urko, enfáticamente, ante el objetivo—. ¡Como prometí, aquí estoy de nuevo, para recordaros que ésta es la última vez que veréis mi rostro en las pantallas, porque el plazo termina! ¡Va a caer sobre vosotros el Rayo Paralizador, justamente dentro de cinco minutos! ¡Rendíos y salvaréis vuestras vidas...! ¡USAD EL «TELEPORTADOR»! ¡GROTH ES EL TIRANO! ¡GALO Y ADAM ESTAN AQUÍ...!

Sus repentinos gritos, sorprendieron a todos. Groth lanzó un juramento y disparó su arma sin vacilar, en cuanto salió de su estupor. Pero ya el desesperado Urko se revolvía, tras su inesperado destello de agilidad verbal e inteligencia, cargando contra Takk con ferocidad.

El guardián disparó su fusil. Urko se estremeció, herido por el desintegrador atómico. Un tremendo boquete, en el costado, empezó a derramar sangre. Groth, furioso por lo sucedido, se lanzó al interruptor, y cerró la cámara.

Urko, pese a estar herido, logró caer sobre Takk, y ambos rodaron por tierra. Galo no vaciló. Velda se había sentido desconcertado un fugaz instante por el súbito giro violento de la situación, y el joven piloto disparó hacia lo alto su pierna derecha, en un impacto sorprendente e imprevisto. Gritó roncamente Velda, y el fusil disparó, pero en el momento de elevarse hacia lo alto, abriendo un boquete en el techo.

Adam, completó la maniobra de Galo, abalanzándose sobre el celador, a quien soltó un salvaje cabezazo entre ambos ojos. Velda osciló, como borracho, a punto de caer.

Groth, juró rabiosamente, y apuntó hacia Galo. Este se parapetó tras el aturdido Velda, utilizándolo de escudo. El impacto atómico del arma de Groth destrozó las espaldas de su propio aliado, cuyo inhumano grito conmovió la cámara.

En tierra, las fuerzas sobrehumanas de Urko, desatadas por el dolor de su terrible herida y por la furia contenida de tanto tiempo en él, lograban dar cuenta de Takk, a pesar de todo, machacándole la cabeza una y otra vez, con la culata del fusil atómico que lograra arrebatar al celador.

Groth, rabioso, hizo un nuevo disparo, ahora sobre el recluso. Su impacto desintegró parte de su cabeza. El infortunado Urko, auténtico héroe de aquel dramático desenlace, se agitó, gritando algo ininteligible. Galo, lanzándose como un tigre hacia Groth, le gritó con voz virulenta:

—¡Bravo, Urko! ¡Has salvado al mundo, amigo!

Así, Igor Urko se abatió sin vida... pero con la sombra de una sonrisa feliz en sus labios.

Adam había logrado empuñar el fusil de Velda, y disparaba ya sobre Groth, que saltó ágilmente al exterior, eludiendo el ataque de Galo y el disparo de Adam, que derribó parte de la hoja metálica que Groth pretendía cerrar al salir.

El traidor soltó el derretido metal y echó a correr por el pasillo. Detrás de él, Galo Arrow, sin armas. Groth corría frenéticamente, pugnando por escapar entre el dédalo de corredores del satélite.

Se volvió, disparando contra Galo. O intentando disparar. Porque la pistola atómica, neutralizada para actuar bajo los efectos del Rayo Paralizador, evidentemente era nula en el ambiente normal.

Furioso, juró obscenamente, y arrojó a Galo el arma. El joven inclinó la cabeza y la pistola pasó silbando, cerca de su oído.

Siguió la carrera, en pos de Groth. Era mucho más rápido y ágil que él. Cuando Groth salió a la galería circular que rodeaba los hornos atómicos, Galo le alcanzó.

Cayó sobre él como un proyectil, y ambos rodaron por la estrecha banda por metálica, rodeada la barandilla. Sus cuerpos, estrechamente enlazados, en una pugna mortal, golpearon los barrotes, volviendo, dando tumbos, hasta la pared circular. Se machacaban implacablemente con sus puños, sus rodillas y a cabezazos.

Galo le soltó un terrible impacto en el vientre, que le lanzó atrás, tambaleante. Luego, se abalanzó sobre él, pero Groth, que también era fornido, se había rehecho, y lo recibió con un rodillazo al estómago, que tumbó a Galo aparatosamente.

Groth, ciego de ira, se abatió sobre su enemigo, para seguirle golpeando. Le descargó una serie terrible de impactos, que Galo recibió, aturdido, y logró alzarlo después con sus poderosos brazos, para arrojarle a la profundidad de los pozos atómicos donde perecería estrellado, por la altura de la caída.

Entonces recobró Galo la consciencia, ya en el umbral de la muerte. Sus manos se aferraron con coraje a las muñecas de Groth, y las retorcieron. Este, con un aullido, soltó a Galo, que cedió hacia el abismo... pero llevando tras de sí a Groth.

El traidor se aferró desesperadamente a los barrotes para no caer, y entonces Galo saltó sobre él, de regreso a la banda circular de la galería. Allí, sin la menor compasión, giró de nuevo sobre sí mismo, y disparó dos mazazos con ambos puños al rostro de Groth y un tercer impacto a su sien.

Gimió, estremecido por el dolor, el astuto enemigo de Galo. Un calambre recorrió su cuerpo, se aflojaron sus manos, aferradas a los hierros... y cayó en la profunda sima formada por los hornos nucleares de la central del Satélite.

Rebotó sobre un saliente de metal, golpeó en varios lugares con la cabeza y el cuerpo, como un pelele. Finalmente, se quedó inerte sobre el vidrio metalizado, de color amarillo, bajo el cual ardía la energía nuclear industrial.

Groth había terminado su carrera. El alcaide que quiso ser amo del mundo, había encontrado el fin merecido.

Arrow respiró, fatigado, sujetándose a la barandilla para no caer.

Y en aquellos momentos, lo increíble sucedió. Cerca de él, alguien gritó:

—¡Galo! ¡Galo, amor mío!

Se volvió, trémulo. ¡Laila Wakky avanzaba corriendo hacia él, con los brazos extendidos!

Se fundieron ambos en un abrazo intenso, apasionado. Galo, apretándola contra sí, murmuró:

—Querida Laila… ¿Cómo es posible que estés aquí, criatura?

Y ella respondió, entrecortada por la emoción:

—Cuando oí a Urko en la televisión… no supe si era trampa o no. Sólo supe que tú estabas aquí, Galo. Que todo había ido bien… y que para bien o para mal, yo debía estar junto a ti. El «teleportador» me ha traído hasta aquí, Galo…

—Gracias a Dios, querida, llegas oportunamente. La pesadilla ha terminado, y Groth, el auténtico culpable, pagó sus crímenes. Ven conmigo. Te reunirás con tu padre, Laila. Va a ser un momento muy feliz, para todos…

Laila exclamó:

—¿Ha pasado todo el peligro, Galo?

—Todo, Laila…

—¿Y el regreso a la Tierra, que significará para papá? —tembló ella.

—La libertad absoluta —sonrió Galo—. Ahora sí que nos sobran las pruebas. Además, gracias a ese invento, la Tierra se ha salvado. Lothar y tu padre serán puestos en libertad. Y el pobre Urko, que también hubiera merecido una reducción en su condena… murió por salvar a los demás. Fue una hermosa redención la suya, Laila… Ahora, el mundo ya no se detendrá. Y el que pretendió detenerlo, el que aspiró a la soberbia idea de ser el amo del mundo, encontró su final.

Laila, satisfecha, se apoyó en él. Galo avanzó, de regreso a la cámara donde estuvieran cautivos.

Ahora sólo tenía que pedirle el «sí» a Laila y sobre eso, Arrow, el intrépido héroe de las Patrullas del Espacio, estaba bien seguro de la respuesta que iba a recibir.

Así que todo invitaba a sentirse optimista. Muy optimista…

FIN